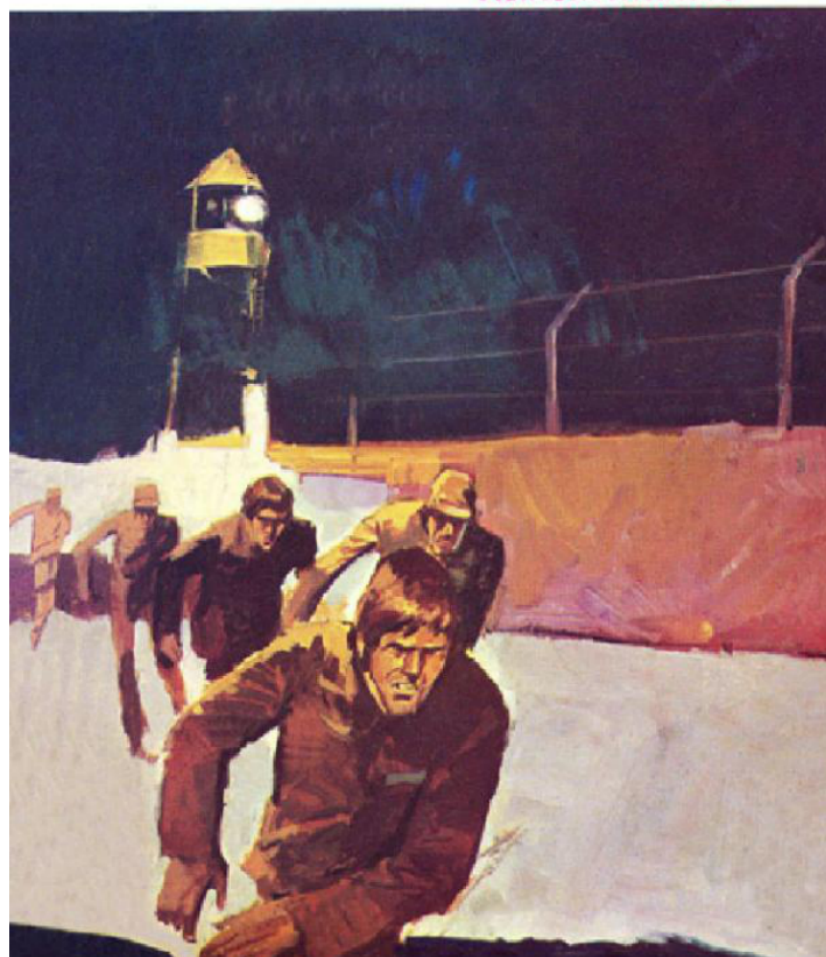




proyecto para la fuga

Kelltom McIntire



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 - La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

666 - La tormenta.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.282 - Mariscos a la heroína.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

988 - Pasaporte al Más Allá.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

48 - Del temple de los héroes.

En Colección COLORADO:

909 - Trampa para tres granujas.

En Colección KANSAS:

867 - El largo camino hasta Albuquerque.

KELLTOM MCINTIRE

PROYECTO PARA LA FUGA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 679
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 4.804 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1975

© Kelltom McIntire - 1975

texto

© Desilo - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

El joven que permanecía en la ventana, sentado en su silla de ruedas, apartó el libro que estaba leyendo, y entornó los ojos.

Su expresión era de intensa placidez, casi de beatitud. Sus cabellos negros, algo crecidos, caían sobre su frente despejada. Era un joven sano, fuerte, alegre y... desvalido, en virtud de la inmovilidad de sus piernas.

A aquella hora, el sol penetraba a raudales por la ventana, inundando de luz la habitación, poniendo una nota alegre sobre los muebles y el muro frontero.

Bob se desprendió con placer, se despojó de las gafas de montura cuadrada, y restregó con sus dedos los párpados, fatigados por una lectura prolongada.

Al cabo, suspiró, complacido, y tornó a ajustarse las gafas, decidido a sumergirse en la lectura de nuevo. Inconscientemente, dirigió una fugaz mirada al otro lado de la ventana.

Un hombre fornido, vestido con prendas baratas y fuera de época, apareció en la puerta del bar de la esquina, dirigió una mirada a lo alto, y anduvo en dirección a un viejo «Chrysler» aparcado en la acera.

La serenidad huyó de las facciones del joven, y una intensa palidez cubrió su rostro. Sus músculos faciales se contrajeron, y el terror puso un temblor en sus dedos. El libro cayó de sus manos.

—¡Galler! —murmuró en un gemido—. ¡Es él, Galler!

Bob se estremeció de pies a cabeza, sus labios balbucearon palabras incoherentes, y el pánico se apoderó de él.

Contemplándole, se diría que Bob acababa de descubrir el rostro descarnado de la Muerte. Temblaba, frenético, e incluso sus dientes castañeteaban como si estuviera aterido de frío, a pesar de que la temperatura en el apartamento era muy agradable.

Su terror, un terror animal, de puro instinto, le obligó a

permanecer inmóvil, observando al individuo que en aquel momento penetraba en el «Chrysler».

Saliendo de su inmovilidad, Bob accionó como un loco las ruedas de su silla de inválido, la hizo girar con violencia, y atravesó la habitación en dirección a la mesita del teléfono.

Con una urgencia desesperada, que convertía sus movimientos en desordenados zarpazos, descolgó el aparato y marcó atropelladamente un número.

—¡Señorita, señorita, por... caridad! ¡Necesito hablar con el agente Milton Seymour! ¡Es urgente... cosa de vida o muerte, puedo jurárselo! —explicó con torpeza.

Mientras aguardaba, impaciente, la comunicación, la mano izquierda de Bob apretaba con tanta fuerza el manubrio de la rueda, que sus nudillos quedaron sin sangre.

Los segundos pasaron lentamente. Bob aguardaba, anhelante, sudoroso, como si su vida dependiese de aquella conferencia telefónica.

Un suspiro de alivio brotó de su pecho, cuando vibró en su oído la voz tranquila y algo ronca de Milton Seymour:

—¿Bob, eres tú? ¿Quieres explicarme qué diablos te ocurre? La encargada de la centralita ha debido movilizar a una docena de personas para encontrarme. ¿Es que te sientes mal?

—¡Milton! Me... me siento morir, hermano. ¡Escucha, tienes que escucharme con atención!

—Está bien. Sosiégate. Te escucho.

—Milton, te necesito aquí —jadeó Bob Seymour—. ¡Ahora mismo! He visto algo... terrible. ¡Terrible, sí, puedes creerlo!

—Pero... no comprendo, Bob. Te dejé esta mañana. Estabas de un humor excelente, haciendo planes para obtener esa moneda que falta en tu colección romana. Mientras te afeitabas, te escuché tararear una cancioncilla.

—Eso fue... esta mañana... Ahora estoy petrificado por el espanto, Milton. ¡Por favor, por favor, ven! Coge tu coche, y no te detengas hasta llegar aquí —imploró el inválido.

La voz de Milton Seymour volvió a escucharse. Pero había en ella ya un cierto trémolo de preocupación.

—De acuerdo, hermano. Salgo ahora mismo para allá. Naturalmente, tendré que dar alguna explicación al SAC Logan. Ya

lo tengo: diré que te has puesto repentinamente enfermo...

—No mentirás con ello, Milton. Porque ésa es la verdad: de repente, he sentido que todo mi ser se ha revuelto, que perdía en unos segundos la tranquilidad y el dominio de mí mismo, que tanto tiempo me costó adquirir. ¿Sabes cómo se llama mi enfermedad, Milton?

—Vamos, Bob; tranquilízate. Voy para allá inmediatamente — quiso apaciguarle su hermano.

—Mi enfermedad se llama miedo, hermano. Di lo que sea, pero ¡por favor!, ven pronto —casi sollozó el inválido.

Colgó el teléfono, y miró, espantado, hacia la ventana.

Durante unos segundos, Bob permaneció inmóvil, dominado por el espanto.

Luego, movió las ruedas y se aproximó despacio a la ventana. Miró hacia la calle, y respiró hondo: el automóvil había desaparecido.

¿Quería decir aquello que Galler no había estado espiándole, que todo había sido producto de sus temores, de su aprensión?

—No —se dijo, apretando las mandíbulas—. No es una fantasía, no lo he soñado. Pero ¿no es verdad que Galler debía estar en prisión, cumpliendo una larga condena? ¡No importa; ese diablo sería capaz de escapar del mismísimo Averno! Le he visto, ¡le he visto! Era él, no puedo equivocarme.

El pavor volvió a apoderarse de él.

De nuevo, Bob Seymour movió aprisa las ruedas de su silla, y se trasladó por el pasillo hasta el dormitorio de Milton.

Bob sabía muy bien dónde guardaba Milton su pistola: en la mesilla de noche.

Empujó con la mano la puerta, y entró. Abrió el cajón, decidido, y palpó en su interior. ¡Allí estaba la poderosa «Magnum», repleta de cartuchos!

Bob montó el carro, quitó el seguro, y dejó el arma sobre sus piernas tullidas.

—No me sorprenderá desprevenido. Altera, puedo esperarle — murmuró.

Salió del dormitorio, y aguardó en el pasillo, ante el vestíbulo.

Fue una corta espera, densa de nervios y de miedo.

Quince minutos después, sonó el zumbido del ascensor. Alguien

se aproximó a la puerta del apartamento, una llave se introdujo en la cerradura...

Con los nervios a punto de estallar, el inválido tensó los poderosos brazos, apretó la pistola entre sus dedos...

—¿Qué es eso, Bob? Se diría que te preparas para la guerra —dijo Milton, apareciendo en la puerta.

Bob aflojó los músculos, y desahogó su tensión en un suspiro profundo.

Jamás había mirado a su hermano con tan honda alegría. De mediana estatura, hombros proporcionados y eterna sonrisa en los labios, Milton Seymour tenía, además, un rostro cuadrado y sereno.

—Vamos adentro, Bob. Tranquilo, ahora me lo explicarás todo. Y, ¿sabes?, has conseguido asustarme, con esa pistola en la mano. ¿Para qué la necesitas, por qué pareces tan asustado? —dijo Milton, al tiempo que daba la vuelta a la silla, y empujaba a su hermano hacia la sala de estar.

—Milton, hermano, ¡le he visto! Estaba en la calle, y miró hacia arriba. ¡Era Luke Galler!

Milton rió de buena gana.

—¿Luke Galler? Oh, no, Bob, has debido confundirte.

—No. Lo vi salir del bar de la esquina, me miró, y luego se puso tras el volante de un viejo «Chrysler» estacionado junto al bar. Corrí a llamarte por teléfono. ¡Dios santo, Milton, la sangre se heló en mis venas! Cuando volví... el coche ya no estaba. Dime —suplicó Bob, angustiado—: ¿Qué crees que hacía aquí Galler? Yo pienso que estaba espiándome, dispuesto a...

Milton no volvió a reír. Conocía a Bob, y sabía que su hermano era un ser hipersensible, desde que sufrió aquel horrible accidente.

Claro que imaginar que Galler... No, no era posible.

Antes de contestar, fue al armario de caoba, y sacó una botella y dos vasos. Vertió un chorro de *whisky* en cada vaso, y llevó uno a Bob, mientras se humedecía los labios con el contenido del otro.

—Bebe, hermano. Es necesario un buen trago para que el color vuelva a tus mejillas —le animó.

Acercó una silla, se sentó frente a Bob, y apoyó cariñosamente una mano sobre la rodilla de su hermano.

—Estás excitado, Bob. Es posible que hayas leído demasiado durante los últimos días. Quizá tu mente se ha debilitado, quizá tu

subconsciente ha elaborado mía imagen falsa...

No siguió hablando. Porque Bob le miraba con terrible fijeza. Y en su expresión había reproche y desesperanza.

—Bueno, bueno, Bob, los hechos dicen que es imposible que hayas visto a Luke Galler. Digamos que has visto a alguna persona que se le parece notablemente... Pero no has visto a Galler. En la actualidad, Galler cumple condena en la penitenciaría del Estado. Recuerda, fue condenado a doce años de reclusión, y apenas hace dos que ingresó...

Bob se irguió de improviso en su silla de inválido.

—¡Mírame, Bob! ¿He sido nunca un fantasioso, un obsesionado o un histérico? Tú sabes bien que no. Soy un individuo sano, razonable... aunque lisiado. Mi vista es excelente, y mis recuerdos están frescos aquí dentro —dijo Bob, con enorme convicción, señalando su cerebro.

—Lo sé, Bob. Pero sufriste un fuerte *shock* nervioso, tras la agresión de Galler. El doctor Weiss me advirtió que podías perder la memoria, como perdiste la facultad de andar, debido a la importante lesión que sufriste en la caída...

—Había riesgo, sí, pero no llegué a perder la memoria, ni padecí otro tipo de desviación psíquica, ¿no es cierto? En realidad, Milton, sólo tengo miedo. Un miedo cervical, absoluto, un terror irrefrenable.

Sus últimas palabras habían sonado con un dejo infantil, patético, quebrado por la emoción.

—Imagínate que Galler subiese a este apartamento, Milton —siguió, más sosegado—. ¿Qué podría hacer para defenderme? ¡Disparar, disparar, matarle antes de que él consiguiese matarme a mí...!

Milton se pasó una mano por los oscuros cabellos lacios.

—Tranquilízate, hermano. Estoy pensando... Es muy extraño lo que acabas de decirme, pero existe una posibilidad de que todo sea cierto. Luke Galler ha podido fugarse de presidio...

—¡Seguro, Milton! —aseguró Bob, excitándose por momentos—. Se ha fugado... con el único fin de vengarse, de asesinarme.

—Desvarías, Bob. ¿Qué motivos podrían impulsarle a ello? Recuerda que fue él quien causó tu ruina, quien te convirtió en un inválido. Yo le detuve, aporté pruebas contra él, y fue condenado. Era justo.

—No acabas de comprender a Galler, Milton. Es un asesino nato, un individuo cruel, ruin, vengativo... ¿Es que no recuerdas lo que hizo conmigo? ¡Me trató como un salvaje, quiso matarme a golpes, ferozmente, con sus propias manos!

Milton agitó la cabeza, en un inútil esfuerzo por olvidar aquellos recuerdos. Pero no era posible.

Dos años atrás...

CAPÍTULO II

La hermosa mujer se acercó a él por la espalda, y le acarició el cuello con sus hábiles dedos.

—¿Cómo va la suerte, amor? —preguntó.

Bob Seymour apuró su vaso de *whisky*, y la miró desde el fondo de sus turbios ojos azules.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió con voz estropajosa y torpe—. Si quieres saberlo, te lo diré de todos modos. Fatal, el juego se me está dando f-a-t-a-l. He perdido mil en menos de media hora.

Los ojos verdosos de la rubia Ronda le enviaron una mirada melosa.

—No desesperes, cariño. ¡Anímate! La racha de suerte aparecerá en el momento menos esperado —le animó.

Frente a Bob, había tres hombres. Uno de ellos era Clifton Cooke, dueño del Pink Bird Club. Cooke estaba pensando, en aquellos instantes, que Ronda se inclinaba demasiado sobre el joven Seymour, que su escote era excesivamente insinuante.

Cierto que aquella mujer le servía muy bien. Por ejemplo, Ronda poseía habilidad suficiente para animar a aquellos imbéciles, que se presentaban junto a él en la mesa de póquer.

La atractiva Ronda sabía distraer a los jugadores, con su coqueta y espléndida figura. Entretanto, Cooke movía con soltura sus ágiles dedos, y seleccionaba, veloz, los naipes que le convenían para... ganar.

Así se «fabricaban» jugadas como la que ahora tenía entre los dedos.

—Póquer de damas —dijo con toda soltura, dejando los naipes sobre la mesa con suavidad—. Esta noche, mis cartas están calentitas, amigos.

Ante la fría decepción de los jugadores, Cooke extendió sus manos, y atrajo hacia sí el montón de fichas que había sobre el

tapete.

Bob encendió, muy nervioso, un cigarrillo, dio unas chupadas y lo aplastó en el cenicero. No podía disimular: estaba harto, harto, harto.

Con evidente malhumor, tiró sus naipes sobre la mesa, miró a los otros de forma fugaz, y se puso en pie.

—¿Se marcha, Seymour? —preguntó Cooke, con cierta burla.

—Qué remedio —respondió Bob—. Usted me ha «limpiado» hasta el último centavo. Buenas noches.

—¡Espere! —le retuvo el dueño del negocio.

Viendo que Seymour se volvía, señaló la silla vacía con un gesto de la mano, e invitó:

—Puede seguir jugando, si lo desea. Usted tiene crédito conmigo, Seymour. ¿Está bien tres mil dólares en fichas? Sólo tendrá que firmarme un papelito.

Bob se sintió tentado. Los tres mil que Cooke le ofrecía, bien empleados, podían servir para desbancarle. Y sólo Dios y Bob Seymour sabían cuánto lo deseaba...

Detrás de él, Ronda volvió a acariciarle el cuello. El fresco aliento de la mujer rozó las mejillas del joven:

—Está bien. Deme ese pagaré. Se lo firmaré.

Con una sonrisa cordial, Cooke rellenó el documento, contó tres mil dólares en fichas, y lo empujó todo hacia Bob.

—Crea que no acostumbro a hacerlo, Seymour. Pero, con usted, es diferente —dijo.

A su pesar, Bob se sintió halagado. Firmó y devolvió el documento a Cooke.

—Ahora, dispóngase a perder unos miles de dólares —bromeó, recuperado el ánimo—. Pienso quedarme con todo.

Ronda seguía acariciándole, enervándole, calentándole la sangre, tras él.

Jugó sin prudencia, con absoluta temeridad, dominado por una gran seguridad. Y perdió. Para entonces, Bob había bebido casi una botella de *whisky*, y se encontraba muy mareado.

Aunque no tanto como para olvidar que se había metido en un buen embrollo.

«Estoy loco —pensó—. ¿De dónde voy a sacar los tres mil dólares para pagar a Cooke?».

Por supuesto, su empleo en la sucursal bancaria de Santa Mónica no daba para tanto, ni mucho menos. En realidad, tendría que pasarse ahorrando un par de años para conseguir aquella cantidad.

El alcohol nublaba su cerebro, y volvía torpes sus pasos. Al fin, consiguió ponerse en pie y apartarse de la mesa de juego.

Ronda no se molestó en mirarle, puesto que Bob Seymour había cumplido su ciclo. Ahora, la bella rubia debía dedicarse a encandilar a otros estúpidos que seguían jugando frente a Clifton Cooke, aquel tramposo por vocación.

Bob salió al pasillo, y descendió al bar a trompicones.

—Eh, Gillie: *whisky*, por favor. Y un poco de «nieve» —exigió.

Bebió el *whisky* con repugnancia, por inercia. Pero Bob Seymour tenía prisa por terminar de emborracharse, con el fin de olvidar el maldito pagaré de Clifton Cooke.

Junto al *whisky*, el camarero dejó un paquetito del tamaño de una caja de cerillas.

—Cincuenta dólares, señor. La mercancía ha subido mucho, en los últimos tiempos —advirtió.

—¿Cincuenta dólares...? Vamos, jeso es una verdadera estafa! —tartajé Bob.

—Será mejor que baje la voz, señor Seymour, o la próxima vez no le facilitaré la mercancía.

Bob le miró como se mira a una sanguijuela. Pero tuvo que rebuscar en sus bolsillos hasta reunir los cincuenta dólares.

Terminado el *whisky*, fue al lavabo, cerró la puerta con cerrojo, y extrajo aquella cajita, de la que extrajo un poco de polvo, que depositó sobre el dorso de su mano izquierda.

Ansioso, lo aspiró por la nariz hasta que el polvo desapareció. Enseguida sus nervios se relajaron, y su tensión disminuyó.

El ficticio optimismo que producen las drogas, le ayudó a ver su problema desde un plano menos angustioso.

—Cooke no se atreverá a formalizar el pagaré. Sabe que en este antro se viola la ley cada día. No, no le interesará dar publicidad a su club.

Era lo que pensaba Bob Seymour, por entonces. Para desgracia suya, Clifton Cooke tenía planes muy diferentes.

Durante una semana, Bob no apareció por el Pink Bird Club.

Por entonces, Milton, su hermano, destacado en misión especial

a Georgia, permaneció fuera de la ciudad casi un mes.

Sin embargo, a la segunda semana, Bob recibió en su apartamento la visita de dos individuos, al servicio de Clifton Cooke.

Vestían correctamente, y sus carteras de piel daban a ambos el aspecto de dos prósperos hombres de leyes.

En realidad, Galler y Wilkes eran matones, guardaespaldas pagados por Cooke, individuos que, durante la noche, se ocupaban de mantener el orden en el club nocturno Pink Bird.

—¿Míster Seymour? —preguntó Galler, mirándole a los ojos.

También Bob le observó con curiosidad. Luke Galler era un hombre joven, de unos veintiséis años.

Tenía unos hombros anchos, cuadrados, que irradiaban fortaleza. No era mal parecido, aunque los ojos negros reflejaban crueldad. El cabello era fuerte y algo rizado, la nariz, levemente arqueada, boca grande, bien dibujada y el mentón cuadrado y agresivo.

Wilkes, sin embargo, era un individuo fornido, de aspecto vulgar.

—Lo saben perfectamente —respondió Bob—. Saben de sobras que soy Bob Seymour porque me han visto muchas veces en el Pink. Está bien, terminemos cuanto antes. ¿Qué desean?

—Nos envía míster Cooke. En realidad, la nuestra es una visita de cortesía. El señor Cooke estaba intranquilo por su suerte, señor. Hace tanto tiempo que no aparece usted por el club...

—Es cierto. Pero si sólo se trata de eso...

Galler metió una mano en el bolsillo interior de su americana, y sacó un sobre alargado.

—Hay algo más —anunció—. Míster Cooke ha acordado devolverle cierto pagaré. Aquí está.

Bob parpadeó, incrédulo. ¿Sería posible que su problema terminase de forma tan fácil y admirable?

Conocía a Cooke: era como un perro «boxer» que cuando cierra las mandíbulas es capaz de dejarse descuartizar antes de abandonar su presa.

Sin embargo, Galler tenía el pagaré en la mano, y parecía dispuesto a devolvérselo. De modo que Seymour debía rendirse a la evidencia: por una vez, Cooke desaprovechaba una ganancia de tres

mil dólares.

Fue a tomar el pagaré en sus manos, y Galler retiró el documento, sonriente.

—Claro, que antes tendrá que corresponder a la gentileza de míster Cooke, con un pequeño favor —dijo.

Bob se desilusionó. De modo que, al fin y al cabo, Cooke pedía algo a cambio.

—Está bien. ¿De qué se trata? —resolvió Seymour.

Luke Galler plegó los labios en una sonrisa cínica.

—Oh, poca cosa. Míster Cooke sabe que usted trabaja en la sucursal bancaria de Santa Mónica, y quiere que le dibuje un pequeño plano del edificio, además de aportar alguna información complementaria. Como verá, un verdadero juego de niños —explicó.

Una cólera intensa envolvió a Seymour. En el primer momento, la indignación que sentía le impidió hablar.

—Conque sólo un pequeño plano, ¿eh? —bramó, fuera de sí—. Lárguense, abandonen esta casa, o les denunciaré a la policía. Y díganle a Seymour que jamás tendrá ese plano.

Galler asintió, cortés.

—Cuenta con que le transmitiré su mensaje. Debo advertirle que dispone de tres días para complacer al señor Cooke. Al cabo de los cuales, el pagaré surtirá su efecto. El señor Cooke sabe que usted no tiene dinero para cubrir esa cantidad, lo que significa la cárcel para usted, señor Seymour. Buenos días.

CAPÍTULO III

Bob quedó sumido en su inquietud, cuando Galler y Wilkes abandonaron su apartamento.

Era evidente que se encontraba en una encrucijada desesperada: o satisfacía las exigencias de Cooke, o se vería envuelto en un escándalo, tras lo cual no sería posible evitar la cárcel.

¿Para qué querría Cooke el plano del Banco?

«Un atraco, un robo; no existe otra explicación», pensó.

Bob Seymour no podía ocultar su honradez bajo la almohada, para vivir avergonzado el resto de sus días.

Sin contar con que Milton sufriría también las consecuencias de su falta de sensatez.

—Es posible que cuando Milton regrese de Georgia, me encuentre en prisión —reflexionó, angustiado.

Desalentado, se oprimió la frente entre las manos, tratando de encontrar una solución a su problema.

La idea surgió, de pronto, en su mente. Milton y él disponían de una cuenta común en el Banco. El saldo debía ascender a unos cinco mil dólares, cantidad suficiente para hacer frente al pagaré firmado a Cooke.

Pero... Existía un obstáculo moral para utilizar aquel depósito bancario: Bob no había contribuido con un solo dólar a formar aquella cantidad. Es decir, en verdad el dinero pertenecía a Milton.

Bob vaciló durante los dos días siguientes. Quería conservar un mínimo de decoro: había decidido no tocar el dinero de Milton.

En el Banco, un intento de conseguir un crédito por tres mil dólares resultó inútil: era demasiado dinero para un empleado que apenas llevaba tres meses trabajando en la entidad.

Por casualidad, llegó a saber que la caja fuerte del Banco contenía por aquellos días una cantidad en metálico muy superior a lo habitual: millón y medio de dólares. ¿Lo sabía también Clifton

Cooke?

Cuatro días después de la visita de Galler y Wilkes, el teléfono repiqueteó sobre la mesilla, cuando Bob se disponía a acostarse.

—¿Seymour? Le habla Clifton Cooke. No ha encontrado el dinero, ¿no es cierto? Lo suponía. He alargado el plazo en veinticuatro horas porque usted me cae simpático, muchacho. Sin embargo, no voy a permitirme el lujo de perder esos tres mil dólares. Hablemos en serio, Seymour: si no viene a pagarme antes de las doce del mediodía de mañana, gestionaré el cobro por otros medios.

—¡Espere! Debe haber otra solución, señor Cooke. ¡Deme tiempo, y yo le entregaré ese dinero! —suplicó Bob.

Las carcajadas de Cooke resonaron en su oído, hirientes.

—¿Más tiempo? ¿Quizá parairme entregando a cuenta cinco dólares semanales? Oh, no. Hay otra forma más fácil para usted.

—¿Cuál?

—Galler le transmitió mi mensaje. Ya sabe lo que quiero. Hágalo, y tendrá el pagaré en sus manos. Es cosa fácil. Y nadie sabría jamás que usted...

—¡Lo sabría yo, maldita sea! Y eso me impediría vivir en paz conmigo mismo, porque acceder a lo que me pide supone un deshonor.

De nuevo volvió a reír Cooke.

—No diga tonterías, Seymour. Usted no puede hablar de honor. Lo perdió cuando comenzó a degradarse, cuando se habituó a las drogas y al juego. Créame, muchacho, si no viene a pagarme mañana, y persiste en su terca actitud, va a verse en un serio aprieto.

Fuera de sí, Bob pronunció una sarta de insultos. Pero Clifton Cooke había colgado ya, y no podía oírle.

Aquella noche, Bob no pudo dormir. La amenaza de Cooke le desveló hasta la madrugada.

Cuando se levantó del lecho, una terrible jaqueca martilleaba su cerebro.

Había tomado una decisión, pero ¿era la mejor?

Buscó en el dormitorio de Milton, y encontró el talonario de cheques. Rellenó uno, anotó la cantidad de tres mil dólares, y firmó.

Poco después, abandonaba su apartamento, subía al «Chevy», y

se dirigía al Banco.

No tuvo ninguna dificultad para hacer efectivo el cheque. Pensativo, guardó el dinero y volvió al coche, dispuesto a incorporarse a su trabajo, en la sucursal bancaria de Santa Mónica.

El trabajo le absorbió por completo. Las horas transcurrieron, raudas, y llegó el mediodía. Entonces se despidió de sus camaradas del Banco, salió y penetró en el *snack* donde solía almorzar.

Despachó un par de bocadillos de pollo, sin apetito. Por el contrario, dos botellas de cerveza quedaron vacías sobre la bandeja. Antes de pagar, pidió un coñac doble, y lo apuró de un trago. El fuego líquido del licor le reconfortó un tanto.

Hasta las siete de la tarde, Bob vagó de un extremo a otro de la ciudad, rodando en su modesto «Chevy», sin rumbo fijo.

A las siete en punto, Bob condujo hacia la calle en que estaba situado el Pink Bird Club. Mientras aparcaba el coche, imaginó la cara que pondría Cooke, al ver que Seymour le entregaba tres mil dólares, en dinero contante y sonante.

Entró, decidido, y alcanzó el pasillo que conducía a la pequeña oficina de Cooke.

Alguien le detuvo. Bob se volvió, airado, y vio a Galler, que le sujetaba por un hombro.

—Vaya, vaya... Veo que al fin se decidió a colaborar, amigo mío —sonrió Galler.

Bob se desasíó de la mano de Galler, con un tirón brusco.

—Se equivoca, Galler. Y no me llame «amigo».

—¿Quiere decir que no trae el plano? —preguntó Galler, incrédulo.

—Traigo tres mil dólares para pagar a Cooke.

—Así que consiguió el dinero —la expresión burlona de aquel individuo ponía ardores de cólera en el pecho de Seymour. Se contuvo, no obstante. Estaba decidido a terminar con aquel asunto, cuanto antes.

—No me diga que robó el dinero —volvió a insistir Galler, jactancioso.

Los ojos de Seymour relampaguearon de ira. ¿Por qué Galler se burlaba de él constantemente?

Bob lo sabía, en el fondo. Galler era prodigiosamente fuerte, atlético, potente.

Bob, por el contrario, era delgado y débil. Jamás había tenido tiempo para dedicarlo al deporte, puesto que, muy joven, había tenido que trabajar en oficinas para ganarse el sustento: Milton y él eran huérfanos.

A pesar de que sabía muy bien que Galler podía estrangularle con una sola mano, la indignación le obligó a responder, airado:

—No me insulte, Galler. Sabe que no soy un delincuente. ¿Puede usted decir lo mismo?

El mantón enrojeció. Luego, de improviso, agarró a Seymour de un manotazo, y lo elevó en el aire con facilidad.

—No se pase de la raya, jovencito —le escupió a la cara— o tendré que darle una pequeña lección.

De repente, le soltó, y Bob cayó al suelo. El golpe sobre la espalda le privó de la respiración, por un instante.

Cuando consiguió ponerse en pie, Galler le miraba, conmisericordioso.

—¿Es cierto que trae el dinero?

—Sí.

—¡Démelo! —exigió Galler.

Bob se sacudió las ropas. Se sentía terriblemente humillado, pero aún tuvo entereza para negarse.

—No. Quiero ver a Cooke, y recobrar mi pagaré. No le entregaré el dinero hasta que tenga el documento en mis manos.

—Está bien. Espere aquí. Hablaré con el jefe —resolvió Galler, tras una breve indecisión.

Galler desapareció al final del pasillo, y Seymour le siguió, decidido a entrevistarse con Cooke.

En su lujoso dormitorio, decorado al estilo oriental que se describe en *Las mil y una noches*, Clifton dejó de perseguir a la rubia Ronda, cuando escuchó el zumbido del teléfono.

—Atiende al teléfono, querido —rió la mujer, irónica—. Ello te permitirá recuperar el aliento.

Jadeante, con los ojos brillantes, Clifton optó por obedecer a Ronda. Rezongaba algo en voz baja cuando fue a la sala cercana y descolgó el teléfono.

—Soy yo, jefe. Tengo aquí a Seymour. El muy estúpido tiene esperanzas de recobrar su pagaré. Y asegura que tiene los tres mil dólares —se oyó la voz de Luke Galler.

Por el rabillo del ojo, Cooke contemplaba al trasluz la silueta de Ronda.

Tragó saliva. Le habían fastidiado lo mejor de la función. Por eso vociferó, ante el micro:

—¿Me molestas para eso, pedazo de animal? Dile a Seymour que se vaya al diablo. ¡Y tú con él, Galler!

El teléfono pareció descomponerse cuando Cooke colgó, con un gesto brutal. Volvió al dormitorio. Ronda se contemplaba ante el espejo.

A Cooke se le encendió la sangre. De un salto, trató de alcanzar a la mujer, pero Ronda era ágil y esbelta, y se le escurrió entre las manos, desapareciendo en una corta carrera hacia el lavabo.

Cooke corrió tras ella y... chocó de narices contra la puerta del cuarto de baño.

—No juegues conmigo, Ronda —gruñó—. Sabes que no me gusta esperar. ¡Abre, maldita, abre ya...!

Dentro, se oyó la risa burlona, excitante, de la mujer.

Cooke se humedeció los labios, retrocedió y cargó contra la puerta como un bisonte en celo.

La puerta crujió, Ronda exhaló un gritito de susto.

Ya se disponía a arremeter de nuevo contra la puerta, cuando apareció Luke Galler.

Fue un momento de una gran comicidad, pues Cooke se encontraba en paños menores. Galler, por su parte, puso cara de circunstancias, y se disculpó:

—Bueno... Lo... siento, jefe. Pero ese condenado tipo insiste. Asegura que nadie logrará echarle de aquí hasta que no haya recuperado su maldito pagaré.

—Condenado estúpido —barbotó Cooke, al verse interrumpido de tan ridícula facha—. ¿Es que no se te ocurre nada para librarme de Seymour?

—Tendré que matarlo, si queremos librarnos de él, jefe. Ese tipo se ha puesto histérico, y está armando un regular escándalo.

Las venas del cuello de Cooke se hincharon hasta reventar.

—¡Machácalo, destróvalo, rómpete el cráneo, mátalo... si es preciso, pero déjame en paz! Escúchame bien, Galler; si vuelves a interrumpirme, te arrepentirás —bramó como un energúmeno.

También Galler se sintió irritado. Porque jamás Clifton Cooke le

había tratado tan desconsiderablemente.

Sentía bullir la furia en su interior, cuando descendió a la planta baja, y se encaró con Bob Seymour.

—Largo —advirtió con voz ronca—. Largo de aquí o...

—¿O qué? —replicó Bob—. ¡Quiero mi pagaré! Sé por qué no me lo devuelven. Imaginan que van a poder extorsionarme, obligarme a colaborar en un delito, tal vez en un atraco... Pero no voy a ceder. Si es necesario, les denunciaré ante la policía, les...

Galler le miraba en silencio, conteniendo la respiración.

Contemplaba a Seymour como a una mosca zumbona, sucia, molesta, insistente.

De repente, su furia se desató. Todavía estaba gritando Bob, cuando un golpe terrible le alcanzó en pleno pecho, cortándole la respiración.

Aquel brutal puñetazo hubiera bastado para dejar fuera de combate a un muchacho como Bob.

Pero Galler había perdido ya todo control. Sus puños continuaron machacando a Seymour con ira bestial, desatada.

Golpes demoledores fueron empujando a Seymour pasillo adelante. Hasta que ya no pudo sostenerse en pie, y cayó al suelo como un plomo.

Entonces Galler se inclinó sobre él, le aferró en sus manos, le elevó por encima de su cabeza y, con tremendo impulso, le lanzó por la escalera de servicio.

Desde lo alto, el matón, contempló, impasible, como el cuerpo roto de Bob saltaba de peldaño en peldaño hasta llegar abajo.

Luego, respiró estertoroso hasta que su furia homicida fue calmándose. Entonces descendió la escalera, y se inclinó sobre su víctima.

Volvió a Bob boca arriba de un tirón brusco, y le observó con atención.

¿Estaba muerto? Lo parecía, al menos.

No perdió mucho tiempo en meditaciones. Lo hecho, hecho estaba. Ahora sólo faltaba una cosa: evadir cualquier responsabilidad.

Abrió la puerta, tomó el cuerpo de Bob y se lo cargó a la espalda. Tras lo cual salió fuera, y se dirigió con rapidez al automóvil estacionado en la calle.

El cuerpo de Seymour quedó doblado en postura inverosímil. ¿Se había fracturado su columna vertebral?

Galler se encogió de hombros, brutal. ¿Qué importaba?

Cerró la portezuela, pasó a sentarse tras el volante, dio al encendido y arrancó.

Condujo durante una hora. Al cabo, se adentró en un dédalo de callejuelas solitarias, bajó del coche y lo dejó abandonado.

Poco después, detenía un taxi, y le daba la orden de regresar al Pink Bird Club.

Se sentía tranquilo, sereno. Aquel automóvil que acababa de abandonar pertenecía a un cliente del club.

Sin duda, el cuerpo de Seymour sería encontrado antes o después, pero Galler se mantendría al margen del asunto.

Que una persona inocente —el dueño de aquel automóvil— se viese involucrada en un tremendo embrollo, a Galler le tenía sin cuidado.

De vuelta al club, Galler penetró en un lavabo, se lavó cuidadosamente las manos y el rostro, y recompuso su aspecto.

Con una sonrisa fría, se dispuso a comenzar su trabajo en el club.

Galler ignoraba entonces que acababa de cometer un terrible y elemental error: había empuñado el volante del automóvil sin guantes. Sus huellas estaban claramente impresas por doquier en el panel de instrumentos, palanca de cambio, volante y puerta.

CAPÍTULO IV

Tres días más tarde, Milton Seymour regresó a Los Ángeles, cumplida la misión que le llevara a Georgia.

Tras rendir su informe a su jefe inmediato, el agente especial encargado Jess Logan, Milton se trasladó aprisa al apartamento que compartía con su hermano Bob.

No fue muy agradable su sorpresa, al comprobar que el apartamento estaba vacío.

Se sentía desconcertado, pero empuñó el teléfono, y consultó con el conserje.

—Lo ignoro, míster Seymour. Sí, hace algunos días que no veo a su hermano, pero no me extrañó: imaginé que había tomado sus vacaciones —respondieron.

Milton comenzó a preocuparse. Y un momento después, se comunicaba con la jefatura de policía metropolitana del área de Los Ángeles.

—¿Seymour, Robert? Espere un momento, por favor... A ver, Selby, Seller, Seymour, Robert Seymour. El señor Seymour fue recogido por un vigilante nocturno en el interior de su automóvil, en una alejada callejuela de Pasadena. Se encontraba en estado preagónico, y fue internado en la sala de urgencia del County Medical Center —le informaron.

Estupefacto y desolado, Milton permaneció con el auricular pegado al oído hasta que el oficial le preguntó si había recibido el mensaje.

Con desacostumbrada brusquedad, Milton Seymour dio las gracias, y marcó, sin transición, el número del County Medical Center.

Apenas veinte minutos después, Milton Seymour se entrevistaba con el doctor Weiss.

—Su hermano fue objeto de un salvaje atentado, señor Seymour.

Hemos hecho lo humanamente posible por salvarle la vida. Sin embargo...

—¿Qué?

—La fractura de su espina dorsal es gravísima. El *shock* posterior ha sido brutal. Su hermano no ha recobrado aún el conocimiento, lo que hace mucho más difícil la operación a la que debo someterle.

—¿Tan graves son sus lesiones? —preguntó Milton, impresionado.

—Decir graves no explicaría con exactitud el estado de Bob Seymour. Su espina dorsal está lesionada en tres puntos. Con franqueza: es un milagro que siga con vida. Temo, además, que haya complicaciones cerebrales. Pero confíe en mí. Tengo la esperanza de salvarle, pero su hermano quedará convertido en un inválido. Es decir, no podrá volver a andar. Por otra parte...

—¿Aún hay más, doctor? ¿No es bastante con que quede inválido? —preguntó Milton, con amargura.

—Comprendo su estado de ánimo, amigo mío, e incluso lo comparto, pero quiero ser sincero: es posible que su hermano pierda la memoria o resulte con alguna grave tara mental. Ahora necesito que firme usted una autorización para realizar la operación, dado que no puedo darle garantías de que no se produzca un desenlace desgraciado. El estado de su hermano no admite demoras.

—¡Por Dios vivo, doctor! Deme esa autorización, firmaré cuanto sea necesario, pero... ¡por caridad, doctor Weiss, salve a Bob!

—Cuenta con que pondré todo mi interés en ello, señor Seymour. El caso de Bob Seymour nos ha causado honda impresión —respondió el médico.

—Dígame: ¿ha averiguado algo la policía? ¿Cómo sucedió, quién es el culpable?

—La policía no ha logrado aún averiguar la identidad de su atacante. Por mi parte, puedo asegurar, sin temor a error, que su hermano fue golpeado de forma brutal, y luego arrojado desde cierta altura. Es todo cuanto puedo decirle.

Quince días más tarde, Bob Seymour fue autorizado a hablar, por el doctor Weiss.

La primera persona con la que se entrevistó, fue con su hermano. Milton había permanecido aquellos quince días en una habitación próxima, aguardando en la más negra y angustiosa de las

esperas.

En cuanto Milton hubo abrazado a Bob, empezó a sondearle, con la habilidad que había adquirido en su profesión.

Y Bob habló:

—Fue un hombre llamado Luke Galler, una especie de bestia sanguinaria. Debo hacerte una confesión completa, Milton: me he degenerado, he perdido hasta la estimación de mí mismo. En los últimos tiempos, frecuenté un garito llamado Pink Bird Club. Jugué a menudo, sin suerte. Perdía siempre. Un día, Clifton Cooke el dueño del Pink Bird se ofreció a prestarme dinero. Yo estaba obsesionado, y acepté tres mil dólares, que perdí igualmente...

Milton asentía en silencio. Con voz entrecortada, Bob fue haciendo el relato de los desgraciados sucesos.

—Querían obtener de mí un plano del Banco, pero yo no podía aceptar. Entonces, Milton, decidí extraer tres mil dólares de nuestra cuenta conjunta... Perdóname.

—Nada tengo que perdonarte, Bob. El dinero era de ambos. Continúa, ¿qué ocurrió?

Bob siguió hablando, con un hilo de voz. Cuando hubo terminado, Milton se irguió y cuadró los hombros.

Su expresión se había endurecido, y aquella sonrisa habitual suya había desaparecido.

Poco después abandonaba el centro médico. Salía, marcha atrás, del aparcamiento en su estilizado «Newport», cuando otro automóvil se estacionó muy cerca.

El hombre que bajó de aquel coche y se dirigió al vestíbulo del County Medical era un oficial de policía, llamado Evanston.

Para Milton Seymour resultaba fácil adivinar la razón de la presencia de Evanston en el hospital: interrogar a Bob. Imaginándolo así, pues, se alegró de haber llegado primero.

Su automóvil le transportó hasta las proximidades del Pink Bird Club. Antes de abandonar el coche, Seymour descolgó su radiotélefono y pidió comunicación con la oficina federal.

—¿Logan? Seymour al habla. Le ruego me escuche un momento, señor: he decidido presentar mi dimisión. Le pido, por tanto, que la tramite hoy mismo, ahora mismo, si fuera posible. En cuanto a los motivos que me impulsan a tomar esta decisión... le informaré después... si el FBI quisiera admitirme de nuevo.

Había hablado de prisa, ansioso por evitar las preguntas del SAC Logan. E inmediatamente colgó.

Dejó el coche estacionado en las inmediaciones del club nocturno y siguió andando en dirección al edificio en cuya fachada destellaba un anuncio luminoso.

El anuncio era muy original: un bello pájaro rosado que movía suavemente las alas y al posarse se transformaba en una bella jovencita muy ligera de ropa. Se repetía una y otra vez, sin descanso, variando de color en transición fugaz.

Mientras se aproximaba a su objetivo, Milton pensaba en Bob, su hermano.

Sabía de sobras que Bob había sido siempre un chico falto de voluntad, aunque no un malvado.

En el fondo, sólo las circunstancias eran culpables de aquella inconsciencia que siempre había demostrado Bob. Milton sólo tenía que recordar aquella terrible fecha en que sus padres murieron en un múltiple accidente de tránsito.

Solos, desvalidos, sin otra cosa de valor que la ropa que llevaban puesta, a los quince años de edad, Milton tuvo que aguantarse las lágrimas y cuidar a Bob, cinco años menor que él.

A partir de entonces, Milton había sido «recoge-pelotas» en Santa Mónica, vendedor de periódicos, cuidador de caballos de carreras en Santa Anita Track, hasta que a los diecisiete años se alistó en la Armada, cediendo a Bob su propio empleo.

Cuando se licenció, a los veintitrés años, Milton había superado sus estudios secundarios e incluso ahorrado algunos dólares. Con sacrificio, desde luego.

Con aquel dinero matriculó a Bob en una escuela especializada. Por su parte, Milton había elegido su profesión definitiva: quería ser policía. Matt Findlay, un antiguo amigo de su padre le animó a ingresar en el FBI e incluso se prestó a ayudarlo.

Por aquel tiempo, Bob logró obtener su título de contable y un mes después trabajaba en las instalaciones portuarias. Sin embargo, pocos meses después escribía a Milton a Quántico (Virginia)^[1], notificándole que se había visto obligado a dejar el empleo.

Pasaron dos años y Milton regresó a Los Ángeles. Con inmenso orgullo acariciaba en su bolsillo la credencial que le identificaba como agente especial de la Oficina Federal de Investigación.

Hubo de ayudar a Bob a buscarse un empleo, pues su hermano se había contentado con realizar algunos trabajos eventuales y frecuentaba con peligrosa asiduidad los lugares de vicio y los garitos de juego.

Con enorme pesar, Milton fue descubriendo aquellas nuevas facetas de su hermano: bebía con exceso, fumaba cigarrillos de marihuana y apenas demostraba interés por su trabajo.

Fue por entonces cuando Milton conoció a Katy Marton, hija del financiero Horace Marton, principal accionista y presidente de la empresa Marton Incorporated.

Fue un encuentro muy original: Milton debía realizar una investigación en los locales de la Marton Inc., y acudió hacia las diez de la mañana. Apenas acababa de penetrar en el vestíbulo, tres jóvenes enmascarados encañonaron a las personas que se encontraban allí.

Eran tres hombres armados, aunque dos de ellos tuvieran caras de niño, y los circunstantes se apelotonaron aterrados hacia el fondo, mientras se dejaban oír los chillidos de las mujeres.

Milton esperó inmóvil, decidido a aprovechar la menor oportunidad. Veloces, dos de los atracadores avanzaron hacia la ventanilla del cajero, mientras el tercero quedaba vigilando, muy nervioso.

Milton calculó sus posibilidades y obró en consecuencia. De un puntapié desplazó un gran cenicero metálico, que golpeó al tercer atracador en las piernas y le arrojó al suelo.

Ya se volvían despavoridos los dos asaltantes que acogotaban al cajero, cuando Seymour disparó una ráfaga de metralleta a nivel del suelo y advirtió, seco y enérgico:

—Tirad las armas. Un segundo más y tiraré a matar.

Los dos jóvenes quedaron helados de espanto, tan sorprendidos que el movimiento de dejar caer sus metralletas fue absolutamente inconsciente.

Milton se encontraba muy cerca de la puerta y dominaba a los tres jóvenes delincuentes sin dificultad. Y en ese momento, penetró en el vestíbulo Katy Marton.

En sus facciones morenas y finas se dibujó un rictus de inmensa indignación. Antes de que Milton pudiera protegerse, *miss* Marton se arrojó sobre él y comenzó a golpearle en el pecho.

—¡Vergüenza debiera darle ir por ahí, tratando de robar lo que no es suyo! ¡Pero yo le daré su merecido...! ¡Yo le enseñaré a comportarse! ¡Yo...!

Milton retrocedió, aturdido. Entretanto, y aprovechando la circunstancia, los tres jóvenes delincuentes escaparon a la carrera, ante la forzada pasividad de los empleados de la Marton Inc., cuya atención estaba acaparada por el curioso incidente que protagonizaba la señorita Marton.

Hasta que el gerente de la empresa explicó fríamente a *miss* Marton que acababa de permitir la fuga de tres malhechores con su inoportuna intervención.

Katy Marton palideció primero para enrojecer a continuación, y tornar a palidecer...

—Pero yo... Pensé... ¡Dios santo, creí que usted era el atracador! —balbuceaba, consternada ante Seymour.

La cosa terminó en una deliciosa cena en el hogar de los Marton. A partir de aquel momento, Katy se había sentido atraída por Milton Seymour y constantemente buscaba una ocasión para entrevistarse con él a solas.

Seymour, sin embargo, estaba demasiado absorbido por su trabajo en la Oficina Federal. Además, y aunque Katy era una deliciosa y encantadora jovencita, desconfiaba de sus sentimientos; imaginaba que sólo se trataba del capricho fugaz de la hija de un millonario.

No le fue fácil a Milton encontrar un empleo seguro y bien remunerado para su hermano. Y fue precisamente en una de las sucursales de la Marton Inc.

Sin darse cuenta, se encontró ante la brillante fachada del Pink Bird Club. Desechó sus recuerdos. Ahora debía afrontar una grave responsabilidad, originada precisamente por la débil voluntad de Bob.

Ante la puerta, encendió un cigarrillo y entró. Sin el menor obstáculo, penetró en el bar y echó un discreto vistazo.

No ocurrió lo mismo ante la puerta del salón de juego. Un hombretón que respondía al nombre de Duff Wilkes le salió al paso.

—Lo siento, amigo, no puede pasar. Se trata de un salón privado —la mano de Wilkes se apoyaba en el pecho de Seymour.

—De acuerdo —aceptó éste, sonriente—. En tal caso, doy media

vuelta y...

Dio media vuelta, en efecto. Y disparó veloz, el canto de su mano derecha hacia la garganta de Wilkes.

El hombretón desorbitó los ojos y se atragantó. El seco golpe en la garganta le había privado de respiración instantáneamente.

Seymour le sujetó por la frente, golpeó su cabeza contra el marco de la puerta y alzó la rodilla golpeándole el vientre.

Wilkes aulló en tono muy agudo y cayó al suelo, cortada la respiración.

Por el rabillo del ojo, Seymour comprobó que unas cuantas personas habían presenciado la escena y hacían excitados comentarios entre sí.

Antes de que se originase el consiguiente revuelo, el federal agarró a Wilkes por la chaqueta y le arrastró sin pausa hasta el cercano lavabo, donde le dejó en el suelo.

Siguiendo un corto pasillo tapizado en rojo, alcanzó poco después el salón de juego. La enorme estancia estaba abarrotada y la atmósfera era ardiente, húmeda y densa, cargada por el humo de los cigarrillos que flotaba sobre las cabezas de los jugadores.

¿Qué podía encontrar allí? Justo lo que esperaba: muchachas fáciles, jugadores profesionales, drogadictos de mirada brillante y pupilas dilatadas, y clientes empeñados en una quimera absurda: ganar unos cuantos miles de dólares en el fraudulento negocio de Clifton Cooke.

La jovencita que se acercó a Seymour lucía un busto agresivo y bien desarrollado, amén de unas caderas redondas e insinuantes y una falda cortísima.

—Buenas noches, amor. ¿Quieres una oportunidad para saltar la mesa de bacará? Yo puedo acompañarte, cielo. Dicen que doy suerte.

Seymour se volvió, curioso. La jovencita se inclinó audaz y le besó.

¿A qué hombre puede desagradarle la caricia de una mujer bella y jovencísima?

Seymour sonrió. Porque aquella desvergonzada era verdaderamente hábil en el arte de besar.

—Te has quedado sin habla, amor —se burló ella, envolviéndole en una mirada dulzona—. ¿Puedo tomar algo?

El

G-Man

sacó un paquete de cigarrillos. Antes de que hubiera sacado uno, la muchachita tomó dos, los puso en sus labios pintados de *rouge* y les prendió fuego con la llama que le ofrecía Seymour. Luego puso uno en los labios del hombre.

—¿Coca-Cola? —preguntó él, burlón.

—No seas cándido, amor. Todo lo que sea más flojo que el *whisky* me da náuseas —aseguró descarada—. Un doble, por favor.

—Dos dobles —pidió Seymour al camarero. Y bajó la voz—. No tengo interés en dejarme desplumar en el bacará, golondrina.

La expresión de la jovencita cambió. Desconfiaba.

—¿Quién eres tú? ¿A qué has venido aquí? ¿No serás uno de esos entrometidos periodistas? —preguntó, recelosa.

Seymour dejó escapar una alegre y contagiosa carcajada. Lo cual pareció barrer toda sombra de duda.

—No puedo decirte nada, pequeña, pero puedes ganarte cincuenta dólares con mucha facilidad —ofreció.

—Está bien, tipo listo y enigmático. ¿Qué debo hacer a cambio de esos cincuenta? —preguntó la chica con enorme desparpajo.

—Es fácil. ¿Ves la puertecita sobre la que se ve la palabra «privado» en letras doradas? Creo que son las habitaciones de Clifton Cooke, pero puedes rectificar si me equivoco.

—No sé adónde quieres ir a parar. ¿No estarás tratando de meterte en un lío gordo?

—Descuida. Sigue mirando hacia aquella puerta. Está cubierta parcialmente por cortinas rojas. Junto a la puerta hay un dogo, joven, poderoso, de imponente fachada. ¿Sería aventurado suponer que se trata de Luke Galler?

—Es Galler. Pero todavía no sé qué pretendes de mí.

—Lo sabrás ahora mismo. Escucha: Galler te está comiendo con los ojos, señal de que le gustas. Sólo tienes que acercarte a él y lograr que se aparte unos instantes de la puerta. Aquí tienes tus cincuenta dólares.

—¿Estás loco? Eso es demasiado peligroso. El señor Cooke está en la mesa de póquer. Si me viera...

—¿Qué podría ver, pequeña? Que estás coqueteando con uno de sus empleados, quizá...

—No me expondré por cincuenta dólares. Quizá por cien...

Seymour la maldijo en su interior. Pero finalmente agregó otros cincuenta dólares que ella hizo desaparecer en su escote con gesto rápido.

—¿Estás satisfecha?

Claro que lo estaba. A pesar de lo cual y entornando los ojos con malicia, deslizó:

—¿Qué crees que te ocurriría, tipo duro, si le hablase a Luke de todo esto?

Seymour sonrió con tanta frialdad que a la chica se le atragantó la cínica sonrisa.

—Oh, no hay que hablar de ello, pequeña. Estoy seguro de que no serías tan loca. Porque a lo mejor me daba por estropearte tu linda carita. O destrozarte tu pequeño y plano estómago con un par de píldoras de plomo. En fin, será mejor que justifiques esos cien dólares. Ponte en marcha, pero no vayas directamente hacia él. Da una vuelta por ahí y acércate a él luego. Te estaré vigilando, muchachita.

Contoneando las caderas en un bamboleo mareante, la precoz jovencita se alejó de la barra.

CAPÍTULO V

Silbaba por lo bajo Seymour, cuando comenzó a aproximarse al lugar donde la chica charlaba ya con Luke Galler.

En aquel momento, Galler se separó de la puerta y ella rió divertida, al ver que el matón la seguía rápidamente hacia los lavabos.

Milton simuló que curioseaba de mesa en mesa, se aproximó a la puerta y asió bruscamente el picaporte y pasó adentro.

Al relumbro rojo de una lámpara indirecta, Milton echó el cerrojito que aseguraba la puerta.

Miró a través del ojo de la cerradura y se serenó al comprobar que en la sala de juego todo transcurría con normalidad. Nadie parecía haber notado su brusca desaparición.

Había un largo pasillo que se prolongaba a izquierda y derecha. Varias puertas invitaban a comenzar un registro.

Empujó la más cercana con cautela y avanzó unos pasos en la oscuridad. Un escandalizado grito femenino sobresaltó al G-Man,

seguido de una soez maldición formulada por labios masculinos.

Milton dejó escapar una tosecilla y retrocediendo con prisas, cerró la puerta y volvió al pasillo.

«Está claro —pensó—. Cooke no sólo se enriquece con el juego y las drogas, sino que también explota la prostitución».

Siguió adelante, con urgencia, ansioso por encontrar lo que buscaba.

Lo halló al final del pasillo. Una puerta más lujosa, tapizada en cuero, le tentó. Por desgracia, aquella puerta estaba cerrada con llave.

La solución vino cuando Milton alzó la mirada y vio el montante con una ventana de vidrio esmerilado.

Sin perder tiempo, arrastró un diván del pasillo, lo puso en

posición vertical y subió por él hasta tantear el montante. El marco cedió suavemente hacia dentro.

Su cuerpo era demasiado voluminoso para penetrar por allí, pero lo consiguió, a costa de dejarse jirones de tela en las aristas.

Se dejó caer al suelo y lanzó una exclamación de asombro: se encontraba en un salón tan amplio como un garaje, decorado y amueblado con lujo.

Lo atravesó a grandes pasos y empujó una de las dos puertas que se veían a la izquierda. La puerta pertenecía a una inmensa alcoba de dimensiones semejantes al salón precedente.

La otra habitación era un despacho, moderno y funcional. Milton tardó diez minutos escasos en descerrajar los cajones de la mesa de nogal y otro tanto en registrarlos.

Sus ojos reflejaron un destello fugaz al descubrir aquella libretita de notas, oculta bajo unas carpetas.

No la miró, sino que la guardó en un bolsillo y continuó la búsqueda. Ansioso e impaciente, consciente del peligro que corría en aquel lugar, registró aprisa el armario metálico, tanteó las paredes, levantó el paisaje, lo curioseó todo.

Al fin, desilusionado, se apoyó sobre el acondicionador de la ventana y sacó la libreta de tapas de fina piel.

Al incorporarse para encender el mechero, un metálico «clic» sonó a su espalda.

Su sorpresa fue inmensa cuando comprobó que la tapa lateral del acondicionador se había abierto.

El acondicionador estaba hueco. Su interior estaba ocupado por varias pilas de curiosos paquetitos de tamaño mediano, precintados y envueltos en plástico.

Sonrió en la oscuridad, satisfecho. Una extraña casualidad le había llevado a la ventana y, sin proponérselo, había oprimido el resorte que accionaba el original escondite que Cooke utilizaba como arca de caudales.

Porque detrás de aquellas pilas de paquetes, Milton encontró enseguida hasta una docena de fajos de billetes cuidadosamente prendidos con aros de goma.

¿Cuánto dinero había allí? Milton no se detuvo a contarlos, pero era mucho dinero, en billetes de cincuenta y de cien dólares.

Sólo tuvo que romper uno de aquellos paquetes envueltos en

plástico, extraer una pizca del polvillo blanco que contenían y llevárselo a los labios para comprender que se trataba de cocaína o heroína.

Escupió, asqueado, y se guardó uno de los paquetes. Ya se disponía a salir cuando escuchó el rumor de una precipitada carrera en el exterior.

También Seymour corrió hacia la puerta y se situó detrás de ella, con la pistola en la mano.

El rumor de una llave que se deslizaba en la cerradura alertó a Seymour. Entonces el

G-Man

vio cómo giraba el pomo de la puerta lentamente.

Clifton Cooke se precipitó al interior y Milton decidió acelerar sus pasos precipitados golpeándole con el cañón de su pistola en el cráneo.

Cooke cayó sobre la alfombra y quedó inmóvil. En aquel momento, una sombra se proyectó sobre él.

Seymour contuvo la respiración. Luke Galler brotó de la puerta y se abalanzó revólver en mano sobre Cooke.

De un respingo se volvió en el acto, dispuesto a disparar.

—Hazlo, Galler. Y te quemarás los dedos, seguro —gritó, rabioso, el

G-Man.

La mano del *gángster* bajó lentamente y el revólver cayó sobre la alfombra.

—¡Entra! —ordenó Seymour—. Espero que no tenga que hacer la advertencia de rigor: si te vuelves una sola vez, dispararé a matar.

De una patada cerró la puerta, encendió la luz y siguió a Galler, indeciso junto a la pared.

Ya estaba volviéndose Galler cuando Milton Seymour le agarró por el cuello y le proyectó con furia salvaje contra la pared.

El *gángster* gimió de dolor y se derrumbó con la nariz sangrante.

—Se arrepentirá —gruñó—. Se arrepentirá de esto, sea quien sea.

Seymour le golpeó de un seco puntapié en los riñones.

—No es hora de bravatas, Galler. Vamos, levántate. De espaldas y manos apoyadas en la pared —ordenó.

Galler obedeció con rabia sorda.

El

G-Man

le cacheó veloz y tiró sobre una mesa el revólver de cañón recortado que el matón llevaba en un bolsillo de su pantalón.

Galler, que le miraba fijamente, entre curioso e incrédulo, preguntó:

—¿Quién diablos es usted, qué se propone? Debe estar loco para haber entrado aquí.

Seymour se acercó a él, sin perder de vista al inmóvil Clifton Cooke.

—Mírame, Galler, ¿de veras no te recuerdan nada mis facciones?

—No le conozco, pero me ocuparé de usted muy pronto —respondió el cínico, el matón.

La ira se apoderó de Seymour, que fue incapaz de reprimir su impulso. Su mano armada se movió y el cañón de la pistola golpeó en un pómulo a Galler, que sintió doblársele las rodillas y maldijo entre dientes.

—Yo te refrescaré la memoria, querido Luke. ¿Recuerdas a un joven llamado Seymour? Un muchacho delgado y tímido... Veo que vas recordando ahora. Tú golpeaste a Seymour. Y lo hiciste salvajemente, con furia de animal. Bob Seymour ha estado muy cerca de la muerte. Quedará inválido por vida, ¿vas entendiendo, Galler? Jamás podrá andar.

Galler rió como un loco.

—Bien, ¿y qué? Seymour era un estúpido, un cargante. Y le arreé. La verdad es que no creí que pudiese salvar el pellejo después de...

La «Magnum» de Milton Seymour chocó de forma espeluznante contra sus dientes, arrancándole todos los incisivos de cuajo.

El alarido del matón se confundió con el ruido leve que produjo la pistola de Seymour al ser depositada sobre la mesa lacada.

En el suelo, Galler escupía sangre por la boca cuando Seymour se acercó a él.

Intentaba levantarse cuando el policía movió la pierna derecha y la puntera de su zapato se estrelló contra la mandíbula del matón.

El espeluznante chasquido que resonó en la habitación era claro indicio de que la mandíbula inferior de Galler se había fracturado.

Pero el matón era duro y resistente. Eran muchos años golpeando y quebrantando huesos, e innumerables los hombres a los que Galler había vencido sin dificultad.

Babeando sangre, se incorporó de repente y vio que Seymour no estaba armado. Sus ojos destellaron como los de un lobo en la noche oscura y sus manazas se extendieron hacia adelante.

Seymour quiso desprenderse de la garra que abarcaba su tobillo, golpear de nuevo el rostro de Galler... pero el salvaje tirón dio en tierra con sus huesos.

Un golpe en el estómago le paralizó. Un momento después, Galler cabalgaba sobre él y sus manos se adelantaban, ávidas de rodear su cuello y estrangularle.

A Seymour comenzaron a palparle las sienes con un loco zumbido y sus pulmones se agitaron en un espasmo angustioso.

Desesperado, alzó las manos y tanteó el rostro de Galler hasta que sus dedos se afianzaron en las cuencas de sus ojos. Entonces apretó con todas sus fuerzas y su adversario saltó hacia atrás, gritando como un poseso.

Por un momento, Milton fue incapaz de moverse. Respirar y respirar con ansia si podía. Y a ello dedicó toda su atención.

Luego se incorporó con lentitud y advirtió que Galler se acercaba a gatas llevando en una mano un pesado cenicero de cristal.

La patada del policía le arrojó de espaldas y el cenicero se hizo añicos contra el piso.

Un rumor metálico atrajo a Galler, que apenas podía ver y respiraba con gran dificultad a juzgar por el estertor que brotaba de su garganta.

No veía, pero podía palpar, guiado por aquel rumor metálico. Su encontronazo con la mesita lacada había hecho rodar la «Magnum» de Seymour y su propio revólver, que ahora se encontraba apenas a un metro de distancia, ¡casi al alcance de la mano de Galler!

Seymour sólo podía hacer una cosa. Y la hizo: saltó por el aire y cayó pesadamente sobre el *gángster*.

Otro hombre cualquiera hubiera resultado del encuentro con media docena de costillas fracturadas. Galler, sin embargo, era una elástica masa de músculos endurecidos y apenas se resintió del tremendo aplastamiento.

A pesar de todo, su mano cayó sobre el revólver y se alzó, veloz. El federal atenazó su muñeca con desesperación y apretó con todas sus fuerzas.

El cúbito y el radio de aquel brazo se rompieron con un chasquido estremecedor que alteró el estómago del policía.

Entonces Galler comenzó a sollozar, mientras contemplaba su brazo, extrañamente retorcido.

Asqueado por aquel escándalo, Milton recuperó su pistola y le golpeó en la frente. Tras lo cual, Galler abrió los brazos, golpeó de bruce contra el suelo y quedó silencioso.

Agotado y jadeante, Milton Seymour se levantó despacio y exhaló un largo suspiro de alivio.

CAPÍTULO VI

—Míster Seymour —llamó en voz alta el sargento Ron Ukiath, y buscó con la mirada a la persona a la que debía corresponder aquel nombre.

—Soy yo —dijo Milton abandonando la silla que le habían ofrecido.

—Pase. El teniente Evanston le espera.

Evanston, un hombre de cuarenta años, fornido y de escasos cabellos, le dirigió una escrutadora mirada.

—Ah, señor Seymour. He estado interrogando a su hermano esta mañana. Siento lo del accidente. Y créame, haremos todo lo posible por...

—¿Accidente ha dicho? Nada de accidente. Bob estuvo a punto de morir ante el ataque de un bestia, de un sádico, de un asesino nato...

—Algo de eso esperaba oírle, Seymour —sonrió Evanston—. Pensaba hablarle de ello, porque usted se entrometió en un asunto que no le correspondía. Es decir, se me adelantó en el interrogatorio de su hermano. En fin, no quiero recordar ese asunto. Estoy trabajando en el caso, esperando el resultado de las huellas tomadas en el automóvil donde encontraron a su hermano.

Seymour le miró, enigmático.

—Las huellas corresponden a Luke Galler, un empleado de Clifton Cooke, dueño de un asqueroso tugurio llamado Pink Bird. En cuanto a Galler y Cooke, los encontrará en mi coche. No se escandalice si advierte algunos desperfectos en su pellejo. Galler creyó que podría tratarme como a mi hermano y me atacó. Tuve que golpearle sin mucha delicadeza.

Inmediatamente, el teniente Evanston se puso en pie.

—Me temo que se ha tomado usted demasiadas iniciativas, Seymour. Lo siento. Tendré que informar de todo esto...

—Lo dejo a su albedrío, Evanston. Sin embargo...

—¿Qué? Me parece advertir en usted excesiva seguridad, Seymour.

Milton se incorporó y dirigió al policía una mirada recta y fría.

—A veces hay que comportarse como un granuja, teniente, aunque se persiga un objetivo honrado. Voy a explicarle la situación de una forma meridiana: puede denunciarme o puede poner en su informe que usted personalmente detuvo a Galler y a Cooke y obtuvo de ellos una brillante confesión. Sería un servicio decisivo, para usted, teniente, que está persiguiendo un ascenso desde hace muchos años...

—Pero...

—Tengo la confesión de Galler, declarándose autor del atentado a Bob Seymour. Incluso han confesado que estaban extorsionando a mi hermano para obtener cierto plano. Pero hay además esto...

Evanston parpadeó. ¿Qué contenía aquel paquete que Seymour acababa de sacar de su bolsillo?

—Heroína pura —dijo Milton en aquel momento—. En el interior de un trucado acondicionador de aire del Pink Bird podrá encontrar usted hasta treinta de estos paquetitos y una respetable cantidad de dinero. Y si decide a aceptar la propuesta que le ofrezco en bandeja de plata, eche de paso un vistazo a las trucadas mesas de juego. Encontrará cosas muy curiosas, puede creerlo.

Evanston se dejó caer sobre su sillón y arrojó el aire a presión entre los labios. Y enseguida una sonrisa amable se insinuó en sus facciones.

—Creo que no he sido muy amable con usted, Seymour. Acepto su propuesta y celebraré que su hermano esté fuera de peligro cuanto antes. En cuanto a esos dos granujas, déjelos de mi cuenta —dijo.

Por toda respuesta, Milton sacó una agenda de tapas de piel y la dejó sobre la mesa de Evanston.

—Le servirá de mucho, teniente. En esas hojas hay una relación completa de individuos que trafican con estupefacientes.

Evanston le acompañó hasta la puerta. El oficial de policía se frotaba las manos satisfecho.

Mientras se acomodaba en el «Newport», Seymour reflexionó un instante.

Él no podía considerarse satisfecho. La desgracia de Bob era algo que jamás podrían olvidar ninguno de los dos hermanos. Sin embargo...

La ayuda de Evanston iba a servirle de mucho. Oficialmente, Evanston había cargado con toda la responsabilidad en cuanto a Galler y Cooke. En tal caso, ¿por qué no hablar con Jess Logan y tratar de su reingreso en el FBI?

Por un momento, Milton se sintió inquieto. ¿Y si no hubiese posibilidad de volver a ejercer su profesión?

Descolgó el radio-teléfono mientras se dirigía al centro de la ciudad y solicitó comunicación con la Oficina Federal.

—¿Logan? Soy Milton Seymour. Supongo que habrá tramitado ya mi dimisión...

—¡Al fin, Milton! ¿Puedo saber en qué clase de enredo se ha metido? Naturalmente que no he dado curso a su dimisión. Un trámite tan importante exige la presentación de un escrito. Por otra parte...

Milton suspiró desahogado. ¡Podía seguir considerándose un agente especial del FBI!

—Está bien, señor —dijo luego—. Creo que tiene derecho a saberlo todo. Escuche...

Luke Galler fue hallado culpable de intento de asesinato y otros delitos menores.

En consecuencia, el juez le condenó a doce años de prisión en la penitenciaría del Estado de California.

En cuanto a Bob Seymour, dos meses después fue dado de alta. Gracias a la presencia constante de su hermano, a su aliento y a sus cuidados, Bob logró vencer su crítico estado psíquico provocado por la terrible seguridad de que jamás podría volver a andar.

Bob había llegado a la íntima conclusión de que su invalidez suponía el castigo justo a sus errores y acataba su desgracia con entereza y resignación.

En casa, pronto aprendió a manejar con soltura la silla de ruedas. Tenía una buena biblioteca y le gustaba leer. Por otra parte, Bob tenía la esperanza de ser aceptado en la Universidad.

Así habían transcurrido dos años. Durante aquel tiempo, Milton apenas había visitado a Katy Marton media docena de veces. Y ella se había mostrado distante, dolida.

¿Acaso la joven estaba sinceramente enamorada de Seymour?
¿Era posible que no se tratase del fugaz capricho de una millonaria?

En alguna ocasión, Milton estuvo a punto de forzar un acercamiento, una explicación a fondo con la bella *miss* Marton.

Sin embargo, durante seis meses Milton estuvo destacado en Europa, en Berlín, concretamente. El tiempo transcurrió veloz, sin dejar rastro.

—No puedo recuperarme, Milton, no me es posible ahuyentar el miedo. Ese hombre, Galler, no ha olvidado. En cuanto a sus motivos... tú le llevaste a la cárcel. Quizá pretende vengarse de ti, no sé...

Milton miró a su hermano, preocupado.

Había tomado una decisión: iba a averiguar si Luke Galler seguía en prisión o si...

No era fácil fugarse de la penitenciaría. ¿Y si Bob estuviese obsesionado por alguna tara mental, si todo fuesen visiones?

—No temas, Bob. Me informaré respecto a Galler. Cierra la puerta con cerrojo y corre las cortinas ante las ventanas. Y utiliza el teléfono para avisarme si adviertes algo sospechoso. Ahora debo volver a la oficina.

—Gracias, Milton. ¡Dios santo, ignoro qué sería de mí sin tus palabras de ánimo, sin tu presencia y tu ayuda constantes! —La voz de Bob vibraba, emocionada.

—Confías en mí, ¿no es cierto? Pues eso es todo. Yo arreglaré el problema hoy mismo.

Poco después, Milton abandonaba su domicilio. No fue directamente a la Oficina Federal. Antes de subir a su coche, echó una ojeada por los alrededores e incluso penetró en algunos bares y cervecerías del barrio.

Buscaba mi rostro: el de Luke Galler. Pero no lo encontró.

Volvió al coche, arrancó y pidió una conferencia a la operadora.

—¿Despacho de míster Chichester? —preguntó en cuanto obtuvo la comunicación—. Buenos días, míster Chichester. Le habla Milton Seymour, policía federal de la oficina de Los Ángeles.

—Ah, sí. Le recuerdo, Seymour. ¿En qué puedo servirle?

—Se trata de una simple consulta. ¿Recuerda a uno de sus «inquilinos» llamado Galler, Luke Galler?

—Aguarde, un momento, por favor. Mi secretario está

consultando el fichero. Aquí está: Luke Galler. El hombre por el que se interesa fue puesto en libertad hace diez días.

A Milton se le atragantó una exclamación en la garganta.

—¿En libertad? ¡No puedo creerlo! Si no recuerdo mal, Galler fue condenado a doce años de prisión —logró pronunciar al fin.

—Así es. Sin embargo, el gobernador del Estado ha tenido a bien indultarle por el resto de su condena. ¿El motivo? Galler vino a mi despacho y denunció los secretos preparativos de algunos presidiarios para la fuga. Gracias a su denuncia, nos fue posible abortar el intento de evasión. Y ello le ha valido la libertad a Luke Galler.

Con un hilo de voz, Milton agradeció la información a Chichester y cortó la comunicación.

Bob tenía razón, Bob no veía visiones Luke Galler estaba en libertad. Y resultaba muy sospechoso que el expresidiario rondase el domicilio de los Seymour.

Luke Galler arrojó el cigarrillo que estaba fumando, al ver aparecer a la bella Katy Marton en la puerta del imponente edificio de aluminio y cristal.

Viendo que ella se dirigía a buen paso hacia un pequeño coche deportivo europeo, Luke dio al contacto, dispuesto a seguirla.

Era lo que hacía cada día, de la mañana a la noche: aguardaba dentro de su automóvil, estacionado junto al domicilio de los Marton, y seguía, uno por uno, todos los movimientos de la hija del millonario.

¿Absurdo?

Luke tenía sus planes. Los había meditado y rumiado durante muchos días y los estaba llevando a la práctica con fría resolución.

Katy Marton se detuvo en varias ocasiones: la peluquería, un Martini en el elegante Victory Club, el almuerzo en Chinese Lamp y un paseo en canoa por la bahía.

Éste era el lugar que más interesaba a Galler: la bahía. Durante los últimos días, Katy había ido allí a tomar un baño en solitario.

Pero no sólo tenía interés Galler por *miss* Marton. También se interesaba por su padre, Horace Marton, por Bob y Milton Seymour...

Mientras trataba de no perder de vista al estilizado deportivo de Katy, Galler acarició, pensativo, su mandíbula inferior,

extrañamente deformada.

Un rictus diabólico tensó sus facciones.

Al simple recuerdo de Milton Seymour, el odio se había desatado en su corazón.

Nunca olvidaría a los Seymour. Su cuerpo estaba lleno de cicatrices que sólo tenían una marca: Seymour.

Como tampoco podía olvidar aquellos dos años de prisión. Setecientos treinta largos días rumiando su venganza.

En la prisión...

CAPÍTULO VII

En la celda, Luke Galler acariciaba constantemente su deformada mandíbula. Y también aquel nudo óseo que se había formado en su brazo roto y que tantas molestias le producía cuando llegaba el invierno.

Que no pudiera utilizar con facilidad aquel brazo derecho no preocupaba demasiado a Luke. Porque en adelante, no pensaba utilizar simplemente la fuerza de sus brazos o los trucos y marrullerías aprendidos en mil peleas callejeras o de tugurio.

El día que abandonara la prisión. Luke utilizaría su cerebro para vengarse de todos aquellos que le habían arrojado a la cárcel.

Luke jamás pensaba en que su condena era justa. Ni tenía en cuenta que había hecho de un hombre joven como Bob Seymour un pobre inválido.

En la penitenciaría...

—Luke Galler: en adelante deberá ajustarse en todo al reglamento de la penitenciaría. Si lo quebranta, su condena será irreducible. Por el contrario, si observa buena conducta, podrá alcanzar la libertad antes del límite de su condena —le advirtieron.

La soledad de la celda le pesaba como una losa de plomo. Los días transcurrían monótonos, con desesperante lentitud.

Algún tiempo después, fue trasladado a otra celda, donde debía convivir con otros cinco presidiarios.

Allí conoció a Sims Bellenose. Bellenose, que había cometido docenas de atracos y varios homicidios, estaba condenado a perpetuidad.

—¿Eres de fiar, Galler? —Fue lo primero que preguntó Sims—. No es necesario que respondas: lo comprobaremos. Si estás con nosotros, saldrás beneficiado.

—¿Qué otra solución tengo que estar con vosotros? —se burló Galler, cínico—. No creo que me permitan salir por las noches a

estirar las piernas.

Sims rió, divertido, y los otros corearon el chiste.

—Me gustan las personas que tienen sentido del humor —aseguró—. Sin embargo, nos estomagan los chivatos, ¿entiendes? Y sabemos cómo tratar a esos soplones que se van de la lengua buscando ciertas ventajas.

Sims tenía unos ojos profundos, oscuros, eternamente febriles. En realidad, era un paranoico, un loco peligroso y temperamental.

—Vamos, vamos, Sims —sonrió Galler, disimulando el temor que sentía—. Claro que estaré con vosotros. ¿Podría estar con esos cerdos, con los vigilantes? Os convenceréis por vosotros mismos, descuidad.

—Eso está bien, Galler. Te ahorrarás muchos disgustos —respondió Bellenose, sin dejar de vigilarle con los ojos empuñados.

Aquella noche, la puerta de la celda se abrió automáticamente. En la puerta estaba el vigilante Hogan, acompañado por el preso que repartía el rancho nocturno.

Los reclusos se pusieron en pie, de mala gana. Todos excepto Galler, que continuó tumbado, indiferente, sobre su camastro.

—¡Eh, tú, haragán! ¿No te han advertido que debes ponerte en pie cada vez que un oficial llega a tu celda? —gritó Hogan, abrupto.

Despacio, extremando su lentitud, Galler se incorporó, perezoso. En sus ojos brillaba una chispa de rebeldía.

—Tiene usted una boca muy puerca, vigilante. Y debe saber que no permito que me insulten —respondió con las manos apoyadas en las caderas.

Hogan sonrió, satisfecho.

—Ajá, eso está bien —exclamó. Y avanzó unos pasos en la celda—. Así que tenemos a un gallito en la celda. Vaya, vaya... Supongo que tampoco te habrán avisado de que el oficial Hogan es especialista en rebajar los humos a los tipos como tú, ¿eh, Galler?

De pronto, la sonrisa desapareció del rostro de Hogan. Su mano derecha extrajo el «revienta-cráneos» que colgaba de su cinturón y lo alzó con la intención de golpear al preso.

Galler se inclinó, esquivó el terrible golpe dirigido a su rostro, y atenazó a Hogan por un brazo. Tan fuerte, que un gemido se escapó de los labios del vigilante.

—Tráguese esas bravatas, Hogan. No hay tipo nacido de madre que pueda abusar de mí. Si intenta pegarme otra vez, le mataré.

Hogan era un hombre retorcido y lleno de recursos marrulleros. Y trató de alcanzar de un cabezazo, al rebelde presidiario.

Pero no contaba con que Galler era más violento y salvaje que él. Porque el recluso sólo tuvo que alzar una rodilla y estamparla contra la mandíbula del guardián para terminar con su resistencia.

Hogan cayó al suelo sin un gemido y quedó inmóvil.

—Buena la has hecho, Galler —dijo uno de los presos—. Has sido un imprudente al golpear a Hogan. Te llevarán a una celda de castigo, te machacarán, te dejarán medio muerto. Y luego... te harán la vida imposible.

Pero a Sims Bellenose le brillaban los ojos de excitación. Y era clara la admiración que comenzaba a sentir hacia Luke Galler.

El preso que repartía el rancho había escapado, galería adelante, escandalizando con sus gritos de alarma. Un momento después, resonaban los silbatos de los vigilantes y media docena de guardianes penetraban en la celda.

—¿Quién lo hizo? —preguntó uno de ellos a Bellenose, mientras dos de los oficiales retiraban el cuerpo de Hogan.

Nadie tuvo que responder. Galler adelantó un paso, desafiante, y confesó:

—Fui yo. Me insultó. Me llamó haragán...

No le permitieron seguir hablando. Docenas de golpes cayeron sobre su cabeza, en el rostro, en la espalda. El castigo duró apenas dos minutos. Cuando terminó Galler yacía en el suelo, con su uniforme en jirones y manchado de su propia sangre.

Dos oficiales le agarraron por los tobillos y le arrastraron fuera de la celda.

Luke Galler resistió dos meses de infierno en una celda especialmente acondicionada para el «tratamiento» de individuos rebeldes.

Un cubículo de poco más de un metro de lado, sin cama, húmedo, sin luz, donde cualquier hombre podía llegar a enloquecer.

El castigo fue duro, durísimo. Con ello, sin embargo, Galler consiguió ganarse, de forma incondicional, la confianza de sus compañeros de celda, que a partir de aquel momento le consideraron un tipo de una pieza, duro, resistente y con redaños

para afrontar cualquier situación.

—Bien venido, Luke —le saludaron cuando fue devuelto a la celda común—. Vamos, ven aquí. Siéntate, descansa. Estás más delgado, ¿eh? No te preocupes, te recuperarás. Tenemos comida abundante... Toma, come cuánto quieras. También hay cigarrillos.

Galler se esponjó de vanidad ante los cuidados de que le hacían objeto Sims Bellenose y sus compañeros.

—Te portaste como un hombre, Luke. Ahora sí sabemos que estás de nuestra parte. Y no te arrepentirás.

—¿Lo dices por lo de Hogan? Bah, sólo fue una chispa de malhumor.

—Hogan es una mala bestia, un tipo difícil y despiadado. Pero no creo que insista en buscarte las vueltas: le han trasladado a otra galería. Ahora, escucha, Luke, ¿piensas aguantar aquí por el resto de tu condena?

—No comprendo bien, Sims. ¿Por qué no hablas claro?

Bellenose bajó la voz hasta convertirla en un susurro:

—Tengo un plan. Un plan perfecto, ¿comprendes?, para evitar morirme de asco en esta madriguera.

Galler le miró con inusitado interés. Sus camaradas de celda parecían animados por una gran excitación.

—¿Quieres decir que estáis preparando una fuga? Quitáoslo de la cabeza: nadie lo ha conseguido en este lugar. He oído rumores: un sueco, un tal Guftasen, logró alcanzar el segundo muro; allí lo ametrallaron, lo «arrugaron» los vigilantes a balazo limpio.

—Lo sé. Guftasen murió al pie del muro. Era un cretino. Un individuo temerario que se lo jugó todo a cara o cruz, sin meditarlo. Yo lo he pensado despacio. Imagínate que llevo cuatro años perfeccionando y puliendo el plan. Cuatro años observando a los vigilantes, anotando sus costumbres y sus métodos, averiguando el funcionamiento de todos los servicios de la prisión, incluidos los puestos de vigilancia en el exterior... ¡Todo!

Bellenose hablaba con tal seguridad en sí mismo, que Galler se sintió impresionado.

—Escucha, Sims: estoy decidido. Me gustaría formar parte de tu grupo. No quiero morirme de viejo aquí. Déjame calcular: ahora tengo veintisiete años. Cuando cumpla mi condena tendré treinta y nueve. Demasiado viejo para vivir mi vida, la que a mí me gusta.

¿Me admities, Sims?

Bellenose buscó un paquete de cigarrillos y lo ofreció a Galler, que acababa de terminar un bocadillo.

—Ya formas parte de mi grupo —respondió, golpeándole la espalda—. Seis hombres dispuestos a todo. Escaparemos de aquí, lo conseguiremos. Y luego... ¡todos van a oír hablar de nosotros, Luke, puedes jurarlo!

Galler aspiró el humo de su cigarrillo con ansia y lanzó el humo a lo alto, con rabia.

—De acuerdo. Pero ¿cómo vamos a hacerlo?

—Todo está anotado aquí —respondió Bellenose, golpeándose la frente con su largo dedo índice—. El primer paso consistirá en intoxicarnos todos, uno por uno.

—¿Intoxicarnos? ¿Pretendes que nos envenenemos, que nos exponamos a morir?

Bellenose le miró como quien tiene delante a un retrasado mental.

—No seas estúpido. Escucha con atención. Necesitamos ser llevados a la enfermería, porque allí está la única vía de escape. En el patio de la enfermería existe un depósito elevado de agua. Para llegar arriba hay una escalera circular, oculta a la vista de los vigilantes, apostados en sus garitas elevadas. Para que los seis, Gum, Lewis, Ritcher, Glavorris, tú y yo, podamos llegar a la enfermería, es necesario que nos intoxicuemos. Y lo haremos, pero sin poner en peligro nuestras vidas.

—¿Cómo? —preguntó Galler, ávido de saber.

—Estamos en verano, ¿no es cierto? Abriremos una lata de pescado en conserva, y la guardaremos hasta que empiece a descomponerse. Treinta grados de temperatura son suficientes para ello. Comeremos los seis, en pequeña cantidad, lo suficiente para que el médico pueda comprobar que estamos intoxicados, en efecto... En cuanto comencemos a sentir molestias en el vientre, llamaremos a gritos al vigilante. De ahí a la enfermería, sólo hay un paso. El doctor Wullit nos examinará, nos reconocerá, tal vez nos haga un lavado de estómago. Y, quedaremos internados en la enfermería, al menos por una noche.

—¿Qué ocurrirá entonces? —preguntó Luke, prendido en el proyecto de Sims Bellenose.

—Uno de los enfermeros, Guy Prescott, hará lo que yo le ordene. Él puede conseguir la llave del patio, puesto que los oficiales le tienen confianza. Prescott se encargará de ofrecer al vigilante de la cabina un poco de café, en el que habrá diluido una ración suficiente de somnífero. ¡Tendremos tiempo para largarnos sin testigos!

—Pero ¿por dónde, maldita sea? —estalló Galler, muy excitado—. No conozco bien la prisión, pero tengo entendido que la enfermería está situada en el centro del edificio en forma de estrella.

—Eres muy desconfiado, muchacho, pero disculpo tu desconfianza. Y te explicaré la razón: yo mismo me hubiera mostrado incrédulo, si alguien me hubiera esbozado un plan de fuga, tan ambicioso y audaz.

—¡Es inconcebible! ¿Has tenido en cuenta que la prisión está rodeada por un nutrido cordón de vigilantes dotados de ametralladoras y potentísimos focos, que llegan a todos los rincones? —arguyó Galler, estupefacto.

—No he olvidado un solo detalle, Luke. Prescott se encargará, también, de inutilizar esos focos. El cuadro eléctrico general está en la cabina del vigilante, en el pasillo que conduce a la enfermería, y Prescott tiene acceso a él. Sólo tendrá que desmontar unos fusibles, y las garitas y sus focos quedarán sin fluido eléctrico.

Galler no pudo impedir que la más intensa admiración se reflejase en sus facciones angulosas.

—Sorprendente, en verdad. Tenías razón, Sims: lo has calculado todo al milímetro, según veo. ¡Sigue, por favor!

—Ya vas tomando confianza, ¿eh? Cuando nos encontremos en el patio, encenderemos una linterna de señales que Prescott guarda en un armario del botiquín. Entonces intervendrá Ted Gorniman.

—¿Ted Gorniman? ¿Quién es?

—Verás... Antes de que el *sheriff* de Barstow, auxiliado por cinco comisarios, me detuviera en las inmediaciones del Mojave, tuve tiempo de enviar a Gorniman un curioso paquetito...

CAPÍTULO VIII

Ted, un joven, de unos treinta años, pecoso, con una larga nariz en forma de pico de ave rapaz, enteco y fibroso, tomó el paquete en sus manos, y volvió a leer la dirección:

«Míster Ted Gorniman. Ventura Freeway. Los Ángeles»

No habían escrito el nombre del remitente, ni ninguna otra indicación.

Perplejo, Ted fue a la cocina, tomó un cuchillo, y cortó la cuerda, sus manos se movieron, diligentes, desenvolviendo el papel color pajizo.

Le extrañó que el paquete estuviera tan escrupulosamente hecho. Después de apartar el primer papel, aún encontró otro segundo envoltorio.

Una exclamación de inmensa sorpresa se estranguló en su garganta, al contemplar aquel grueso fajo de billetes.

También había una nota escrita en el forro de un paquete de cigarrillos. La leyó:

«Ted: El dinero que tienes ante tus ojos significa la suma de

120 000

dólares, en billetes de cien y mil dólares. El dinero lo conseguí sin dificultades en un Banco de Barstow.

»Confío en ti plenamente, y ello me anima a darte este encargo: cambiarás este dinero en el plazo más corto posible, aunque ello suponga un gasto de diez mil dólares en cigarrillos, licores, alimentos y chucherías. Cuando lo hayas hecho, ingresa el dinero en varias cuentas de ahorro, a tu

nombre. Más adelante, recibirás nuevas instrucciones mías. Ahora no puedo decirte más. A través de los cristales, estoy viendo a los policías que vienen ya por mí. Si no saliera de ésta, el dinero es tuyo, Ted. Sólo tengo tiempo para depositar el paquete en la estafeta.

»Suerte, amigo.

»Sims».

Ted permaneció algunos minutos absorto en la contemplación del imponente paquete de billetes.

Por un instante, la tentación de poner tierra por medio, con aquel dinero, fue muy fuerte.

Pero Ted era sensato, y rectificó en seguida: Sims Bellenose no era un tipo con el que se pudiera jugar impunemente. Ted le había visto apuñalar a un policía, a quien vació el vientre de forma alucinante, cuando el tipo les sorprendió a ambos, años atrás, tratando de desvalijar un almacén.

Sims era duro e implacable. Un individuo de los que jamás olvidan, incapaz de perdonar el más disculpable error.

Por otra parte, Ted no tenía suficiente valor e inteligencia para emplear aquellos ciento veinte mil dólares en cualquier negocio rentable, ya fuese sucio o limpio.

Decidió que lo mejor era obedecer la voluntad de Sims. Al fin y al cabo, el dinero estaría depositado a su nombre, y Ted Corniman podría extraer de las cuentas las cantidades que necesitase.

Dos días después, había conseguido cambiar los billetes en otros más pequeños y usados.

Y poco después, abrió cuatro cuentas de ahorro, por un importe total de ciento quince mil dólares.

—Ted viene a verme un par de veces por mes. Gracias a él, tenemos comida y cigarrillos en abundancia. Hoy mismo, Ted ha recibido instrucciones concretas: en cuanto reciba mi próximo aviso, se trasladará al Long Beach Airport, y alquilará un helicóptero por un par de días. Un modelo

SK-400,

capaz de transportar ocho personas o mil kilos de mercancías. Ted prestó servicio militar en la US Navy, y aprendió a pilotar

helicópteros. No tiene título, pero él sabe muy bien cómo obtener un documento falsificado. Así que Ted despegará de un descampado, situado en

Knott's

Berry Farm, a las tres de la madrugada.

—¿Por qué a esa hora precisamente? —preguntó Galler.

—Hacia las cuatro termina uno de los turnos de vigilancia. A esa hora, los vigilantes están fatigados, y dan la primera cabezada. Será el momento propicio para iniciar la fuga. Para entonces, nosotros estaremos ya en lo alto del depósito de agua.

—¿Quieres decir que Ted hará descender su helicóptero, y nos recogerá arriba?

—Así es como sucederán las cosas. Ted descenderá en vertical, guiado por nuestra linterna de señales —respondió Bellenose.

—Pero los vigilantes pueden escuchar el zumbido del motor, e incluso ver las luces de posición —opuso Galler.

—Ya te he dicho que Ted maniobrá en la oscuridad, guiado sólo por las señales de la linterna. Por lo demás... ¿has oído hablar de las «smoker bumpers»? Las bombas de humo serán muy eficaces, en nuestra fuga. Ted llevará una docena de ellas, sujetas al tren de aterrizaje, y las pondrá en funcionamiento en cuanto nos haya situado. ¿Te imaginas las nubes de humo que envolverán el depósito de agua? Hay algo más: coincidiendo con ello, se pondrá en marcha el compresor de los frigoríficos del almacén general. El motor produce un estrépito considerable, al que están habituados los vigilantes, por lo que no llamará su atención, pero sí nos servirá a nosotros para «tapar» el zumbido del helicóptero, ¿vas entendiendo? Por fin, ten en cuenta que toda la operación en sí durará apenas sesenta segundos. Los guardianes, en el peor de los casos, no tendrán tiempo de reaccionar siquiera. Y ahora soy yo el que quiere hacerte una pregunta, Luke. ¿Estás convencido de la eficacia de mi plan?

Galler bajó los ojos al suelo, y lo vio cubierto por las colillas de cigarrillos que él mismo había fumado.

Luego, observó a los cinco hombres que le miraban, pendientes de su respuesta.

—Convencido y maravillado en lo más profundo, querido Sims. ¿Cuándo pondremos en marcha el plan de evasión? —inquirió.

Bellenose se incorporó, se desperezó como un felino, y contestó:

—Sólo os lo diré cuando llegue el día. Tardará aún. Quizá unos meses, quizá un año. Porque cuando de la orden de partir, quiero que todo funcione a la perfección. Para mí, un fallo no significa mucho, pero sí para vosotros, que tenéis condenas limitadas, que podrían verse aumentadas, en el caso de que la fuga no tuviera éxito. En cuanto a mí... ya lo sabéis: estoy condenado a reclusión perpetua. Y no me resulta agradable la idea de terminar mis días en la prisión.

—¿Por qué habría de fallar, Sims? Si contamos con todos los elementos auxiliares que tú has descrito, escaparemos de esta ratonera, con toda seguridad. Pero veo algo extraño en tu expresión. Sims... ¿Qué temes?

Bellenose dejó que sus ojos vagaran de uno a otro rostro de sus cinco compañeros de celda. Luego, como si hubiera reflexionado mucho cada una de sus palabras, dijo:

—Creo estar seguro de cada uno de vosotros. Aunque no lo creáis, tengo suficiente influencia aquí como para conseguir reuniros en esta celda. Y todo porque estimé que podríais ayudarme en mi plan de evasión. Os he probado a todos, uno a uno. Espero que no surja un traidor entre nosotros. Porque... si uno de vosotros decidiese traicionarme, si una serpiente comenzase a silbar... Yo, Sims Bellenose, hijo de un siciliano y una yanqui, no pararía hasta vengarme. Y entonces, frente a frente, lo rajaría. Lo juro.

Sus compañeros se apresuraron a prorrumpir en ardientes exclamaciones de lealtad.

Cuando se separaron y ocuparon sus camastros, Luke Galler permaneció en silenciosa reflexión, muchas horas.

Y pensaba, precisamente, en la traición.

Despreciaba a Sims Bellenose, en su interior, aunque no era tan estúpido como para no reconocer su inteligencia.

El plan de evasión de Bellenose quizá fuera el mejor para conseguir la libertad de seis hombres. Pero el plan que se perfilaba en la mente de Galler, en aquellos momentos, era el mejor para... él mismo.

Tras el relato confidencial de Sims, Luke estaba en posesión de una completísima información, de una serie de datos, que podían interesar mucho.

¿A quién? A míster Chichester, el alcaide-director de la penitenciaría.

La recompensa podría ser muy bien el indulto para Luke Galler.

Casi toda la noche la pasó en vela, inquieto por la importancia de la decisión que iba a tomar.

Cuando resonó el timbrazo que ponía en pie a miles de presidiarios, Galler sabía ya lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO IX

La lata de pescado estaba allí, junto al retrete. Desde su camastro, Galler la contemplaba con repugnancia. ¿Cuándo se decidiría Sims a poner en práctica su plan?

La prisión estaba en completo silencio. Sólo de cuando en cuando, el sonido metálico de las cancelas, el tintinear de unas llaves o el susurro de los pasos de un vigilante, resonaban a lo largo de las altas galerías.

Gum, Glavorris, Lewis, Ritcher y Bellenose parecían dormir en sus camastros.

Pero Galler no podía conciliar el sueño. Los nervios, la impaciencia, se lo impedían, desde muchas noches atrás.

En la litera inferior, Sims se agitó bajo las mantas.

—Eh, Luke. Tampoco tú puedes dormir, ¿eh? Tienes prisa por estar en libertad, como yo, ¿no es cierto? ¡Cielos, creo que hace mil años que no tengo a una mujer entre mis brazos! A veces... A veces, soy incapaz de imaginar a qué huelen las mujeres...

—¿A qué aguardamos, Sims? ¿Por qué no lo hacemos ya? Hace casi mi año que me hablaste de tu plan. Creo que acabaré por enfermar de los nervios. Hace una semana que esa lata de pescado aguarda. ¿Cuándo va a ser? ¡Dilo, de una maldita vez! —estalló Galler.

Sims bostezó como un oso, y se estiró en el reducido camastro. Su risa resonó de forma extraña en la celda.

—Está bien: vas a saberlo. Mañana por la tarde comenzará la Gran Aventura. Creo que ese pescado está suficientemente podrido ya. Hoy mismo he enviado aviso a Ted Gorniman. ¡El asunto está en marcha!

Luke se incorporó de un salto sobre la cama.

—¿Mañana? ¿Estás seguro? —preguntó, incrédulo.

—Tan seguro como que pasado mañana estaremos muy lejos de

esta cochina cloaca, amigo. Y ahora, durmamos. Mañana, va a ser un día muy movido.

Galler se dejó caer de golpe, se arrebujó entre las mantas, y se mantuvo inmóvil.

No pudo dormir hasta muy avanzada la madrugada. Su mente estaba poblada por centenares de pensamientos, desordenados y contradictorios.

Tenía que moverse aprisa. «Mañana será un día muy movido», había dicho Sims. Pero no podía imaginar que Galler pensaba moverse en un sentido muy distinto.

Incluso consumir la traición, presentaba problemas para Galler. ¿Cómo entrevistarse con míster Chichester, cómo ponerse en contacto con él, sin que sus compañeros de celda entrasen en sospechas?

A Luke Galler le consideraban un recluso peligroso, después de su ataque al oficial Hogan. En consecuencia, le estaban prohibidos los acostumbrados paseos de una hora por el patio, e incluso las comunicaciones con familiares o las visitas a la biblioteca:

Durante mucho tiempo, Luke se esforzó en encontrar una solución. Sudaba entre las malolientes mantas de su cama, se desesperaba y maldecía in mente.

De pronto, la idea surgió, diáfana, con gran pujanza. ¿No le habían trasladado a una celda de castigo, cuando golpeó al oficial Hogan?

A la una del mediodía, sonaron en la galería los pasos del vigilante, y el acostumbrado rumor metálico de los grandes peroles en los que se distribuía el rancho.

—Chicos, ha llegado el «pienso» —avisó Ritcher, incorporándose de encima de su camastro.

Ritcher recogió su escudilla, y los demás reclusos hicieron otro tanto.

Unos minutos después, el pequeño carro del rancho se detenía ante la celda. El vigilante Wales alzó la mano para que le viese el vigilante de la cabina, y el mecanismo automático descorrió la verja.

Galler fue el primero que se acercó, y puso su escudilla para recibir su ración.

Retiróse unos pasos, hundió la cuchara en el rancho y comenzó a

comer.

De repente, murmuró una maldición, y la comida que masticaba fue expulsada violentamente de su boca. Las salpicaduras mancharon al vigilante Wales, que retrocedió, gruñendo, malhumorado, una imprecación poco ortodoxa.

El incidente provocó las carcajadas de Gum y de Glavorris, que se retiraron con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Puaf! —rezongó Galler—. ¡Asco de bazofia! Cada día la hacen más y más repugnante. Estoy seguro de que hasta los cerdos despreciarían esta especie de pasta asquerosa.

Por el rabillo del ojo, Sims vio a Wales, que estaba limpiándose la camisa con un pañuelo, y tenía un gesto hosco en la cara.

—Pss... —siseó, mirando a Galler—. Será mejor que te calles. O mejor: discúlpate ante Wales o lo echarás todo a perder.

—¿Por qué tengo que callar? —rugió Galler, por el contrario—. ¡Ya estoy harto de que me traten como a una rata sarnosa! Me gustaría que alguien me explicase qué es lo que hace el intendente, con el dinero que recibe del Gobierno. No hay que preguntarlo: seguro que el buen señor dispone de una buena cuenta en el Banco, un buen pellizco de lo que ha robado de la comida de los presos, ¿eh, vigilante?

Wales se atragantó. Bastaba el audaz comentario de Galler para acabar con su capacidad de aguante.

—Sigues mostrándote rebelde, ¿eh, Galler? Pues bien, sal de ahí. El jefe Ward decidirá lo que se ha de hacer contigo, pero no creo que esto te cueste menos de un año de internamiento en la «ratonera» —rugió. Y sacó su silbato.

Poco después, el oficial Ward y chico vigilantes más acudían a la celda, y sacaban a Galler de allí, para lo que necesitaron emplear sus porras con contundencia.

—¡Estúpido! —rugió Bellenose, retirándose con la escudilla hasta la litera—. Lo ha echado todo a perder.

Glavorris dejó la cuchara en alto, y se volvió hacia él.

—No creo que se haya perdido nada, Sims. Si Galler se ha metido en un lío, que cargue con las consecuencias. Estoy seguro de que él esperará que pospongamos nuestro plan hasta que él salga de la «ratonera», pero mi opinión es que debemos seguir adelante —dijo.

Ritcher, Gum y Lewis se manifestaron en el mismo sentido.

Bellenose les miró, reflexivo:

—Sí... ¿por qué no? Podemos pasarnos muy bien sin Galler. Ciertamente que contaba con él para algunos negocios, puesto que Luke conoce bien Los Ángeles, y podría ayudarme mucho.

—¡Al diablo! —Gruñó Lewis, despechado, pues se sentía celoso por la amistad que Sims demostrara, en los últimos meses, hacia Galler—. Podemos valernos muy bien, los cinco. Además, contamos con Ted Gorniman y con Prescott. Por tanto, propongo que nos olvidemos de Galler, y llevemos adelante el asunto. No querrás que aplacemos la fuga, ¿verdad? Ya oíste lo que dijo el vigilante Wales: Galler se pasará un año en la «ratonera».

Era razonable. Y Sims cedió, al fin.

—De acuerdo, seguiremos adelante. Dentro de unas horas, despacharemos esa lata de conserva.

El vigilante Wales se encontraba en su cabina de vigilancia, contemplando, muy entretenido, las páginas de un número de Diabolik, en las que aparecía toda una colección de chicas en traje de Eva, sin la clásica hoja de parra, por supuesto.

Wales giró la cabeza, extrañado. Le había parecido escuchar un lamento. Sin embargo, transcurrieron unos minutos antes de que los gemidos se repitieran. Maldiciendo entre dientes, el corpulento Wales se puso en marcha, y recorrió la galería, intrigado.

—Vaya, vaya... ¿Qué diablos es esto? ¿Un plante, acaso? Lo siento, chicos, pero Galler se merece la que ha conseguido. Era conveniente rebajarle los humos.

Sims se retorció en su litera.

—¡Al diablo con Galler! No se trata de ningún plante tampoco. Estábamos comiendo de una lata de pescado y, de repente, Gum comenzó a gemir y a retorcerse. A mí me ocurre lo mismo. Y a éstos. El maldito pescado debía estar podrido. ¡Ay, mi vientre...!

Sims saltó de la litera y corrió hacia el retrete, donde se puso a vomitar ruidosamente, sin ningún esfuerzo.

Wales parpadeó, desconfiado. Pero los presos estaban muy pálidos y sudorosos, y en la celda olía terriblemente mal.

—Está bien. Aguardad. Iré a informar al oficial Ward —resolvió.

Poco después, Wales volvía, acompañado de Ward y del doctor Wullit, médico ayudante de la penitenciaría.

A Wullit le bastó reconocer someramente a los reclusos para ordenar a Ward:

—Aprisa, llévenlos a la enfermería. Estos hombres están intoxicados.

—Le he dado el café —susurró Prescott—. El vigilante tendrá sueño para rato: unas tres horas como mínimo.

Sims se incorporó en su lecho.

—¿La llave, la linterna? —preguntó.

—Aquí están —dijo Prescott, entregándole ambas cosas.

—Has desconectado la fuerza del recinto exterior, según supongo.

—Sí. Todo está listo. ¿Qué hacemos?

—Hemos de esperar todavía. A las tres y media saltaremos de la cama y saldremos al patio.

Sims volvió a meterse entre las sábanas, y sus compañeros hicieron lo mismo.

Sims se sentía febril y débil como un niño. El doctor Wullit les había hecho tragar dos vasos de un repugnante revulsivo, que poseía la virtud de poner del revés el estómago más terco.

No contento con ello, Wullit había ordenado a sus ayudantes que les introdujesen sendas sondas de un metro de longitud, con el fin de practicarles un lavado de estómago.

Habían tenido que afrontar unas horas terribles, en las que incluso habían temido morir.

Luego, el doctor afirmó que el peligro había pasado. Y los cinco presos fueron acomodados en una de las salas de la enfermería.

Ahora... sólo faltaba aguardar a la hora propicia. Entre las limpias sábanas de la cama, Sim se sentía a gusto. Su debilidad reclamaba un largo y reparador descanso.

¡Pero no podía dejarse vencer por el sueño, por aquella dulce laxitud que le embargaba!

Dominado por el temor a dormirse, Sims trató de distraerse pensando. Y el primer pensamiento le inquietó... ¿Y si Galler le traicionase?

Desechó la idea. A Galler le había interesado el proyecto de fuga desde el principio, y estaba demostrado que odiaba a los empleados de la prisión.

Los minutos se deslizaron con desesperante lentitud. Sims podía

escuchar claramente los latidos de su propio corazón, algo alterado por la emoción.

Al fin, las manecillas del reloj señalaron la hora esperada: las tres y media de la madrugada.

Prescott se acercó a ellos, y fue alertándolos.

—Arriba, es la hora. No hagáis ruido, caminad en zapatillas, evitad toser.

Como sombras, seis figuras se deslizaron en silencio hacia el pasillo que llevaba al patio.

Delante caminaba Prescott, iluminando el suelo con su linterna. Llegados ante la cancela, el enfermero introdujo una llave en la cerradura, y la verja se abrió sin un chirrido.

La noche era oscura, densa, como si todo se hubiese puesto de acuerdo para favorecer la evasión.

Al otro extremo del patio, la sombra más intensa del depósito elevado de agua se perdía entre las sombras de las alturas.

—La linterna, Prescott —exigió Sims. Y dirigiendo el haz luminoso en destellos intermitentes a lo alto, aguardó.

Un rumor próximo se elevó un tanto por encima del zumbido del motor del compresor del frigorífico.

—¡El helicóptero! —exclamó Gum, alterado y nervioso.

—¡Silencio! —siseó Sims, rabioso—. Ahí está Gorniman, pero aún no hemos escapado.

Volvió a dirigir la linterna a lo alto, repitió la señal.

El rumor aéreo aumentó de volumen. Una nube de blanco humo comenzó a descender de lo alto del depósito de agua, como si se tratara de auténtica bruma.

—¡Las bombas de humo! —susurró Sims, maravillado—. Ted está cumpliendo a la perfección, sin olvidar un solo detalle. Ahora... ¡aprisa! Ascendamos por la espalera de hierro.

Ansiosos y excitados por la proximidad de la Libertad, los seis presos atravesaron el patio.

De improviso, una docena de focos fulgió en las alturas, y una luz vivísima destacó contra el muro las sombras de los fugitivos.

El súbito fulgor dejó petrificados a los seis hombres.

—¡Quietos! ¡No den un paso más o dispararemos! ¡Están rodeados por treinta vigilantes armados! ¡No tienen la menor probabilidad de huir!

La voz había sonado en lo alto, emitida por un altoparlante, sin duda.

—¡Al suelo, rápidos! —repitió la voz—. ¡Boca abajo, con las manos sobre la nuca!

Sims y sus compañeros obedecieron lentamente. Tenían la muerte en el corazón. Todo había fracasado, todo había sido inútil, ¡todo al diablo!

Una ráfaga de ametralladora se dejó oír. Sims se estremeció: los vigilantes estaban disparando contra el helicóptero.

Sin embargo, el zumbido del aparato se alejó en seguida. Había conseguido escapar, oculto tras las nubes de blanco humo, producido por las bombas.

En aquel instante, un pelotón de vigilantes armados penetró en el patio a la carrera, y les rodeó.

Los presos fueron alzados del suelo, y obligados a apoyarse con brusquedad contra el muro.

—¡Desnúdense! —bramó el oficial Ward, apoyando el índice sobre el gatillo de su metralleta.

Uno por uno, fueron quedando desnudos, en humillante situación, iluminados sus cuerpos por los potentes focos.

Lágrimas de cólera se deslizaban por las mejillas de Sims Bellenose. Su presagio de una hora antes se había convertido en realidad: Galler les había vendido.

Todo, la pelea con Wales, sus protestas por la comida, todo había sido puro teatro. Un engaño, una puerca farsa para traicionarles, la obra de una puerca rata presidiaría.

Desnudos, los fugitivos fueron conducidos, a través de las galerías, hacia las celdas especiales de seguridad, situadas en la tercera planta.

Al pasar ante la celda donde suponía se encontraba Galler, el rostro de Sims se contrajo en una mueca horrible, y sus labios temblaron.

—¡Te mataré, Galler, te mataré! Aunque te escondas en una cloaca —gritó, con todas sus fuerzas.

El eco repitió sus palabras, de forma impresionante.

CAPÍTULO X

Luke Galler llevaba quince días en libertad. Incapaz de sentir remordimiento, tampoco experimentaba temor. Sabía que Sims Bellenose se pudriría en la penitenciaría.

Galler maquinaba sus planes en solitario. Había realizado algunas indagaciones, acerca de Clifton Cooke.

Cooke se había arruinado completamente, pero había logrado evitar una condena dilatada: apenas había cumplido un año de prisión.

Estando las cosas así, Galler decidió comenzar de nuevo, sin la ayuda de nadie. Y se olvidó de Cooke.

Cuando salió de la prisión, sólo tenía diez dólares. Ahora, en el bolsillo de su pantalón, había más de quinientos.

¿Cómo había conseguido el dinero? Bill Ansker era un viejo conocido, y explotaba un sucio garito, en las proximidades del Hollywood Boulevard. De modo que Galler fue a verle, y le exigió un crédito de mil dólares.

—¿Mil? No te hagas ilusiones, Luke. Las cosas van mal. Te daré veinte, y olvídate de mí.

—En tal caso, tendré que hablar con la policía.

—¿Tú? ¿Y qué dirás? —preguntó Ansker, disimulando su miedo.

—Poca cosa: recordarán inmediatamente el caso de aquella chica, Gill Person, que murió en realidad en este tugurio, aunque el caso se cerrara como suicidio...

—Eres un canalla, Galler —susurró Bill Ansker, lívido de espanto.

—¿Insultos? Bien, ahora serán mil doscientos, Bill. Puedes seguir insultándome. La «cuota» irá subiendo en proporción.

Ansker abrió un cajón, y sacó un fajo, del que apartó mil doscientos dólares.

—Ahí tienes el dinero. Será mejor que no vuelvas por aquí,

Galler.

Luke tomó el dinero, y se despidió, con una sonrisa desdeñosa en los labios. Ahora se sentía más seguro con el dinero en el bolsillo.

Por quinientos dólares, Galler adquirió aquel mismo día un automóvil de ocasión, en regular estado. Pero necesitaba, además, algo insustituible: un arma.

Adquirir un arma, significaba una molestia en los tiempos actuales, pues California estaba invadida por grupos subversivos, terroristas y atracadores, lo que obligaba a la policía a controlar las ventas de armas, y cualquier material de guerra.

Pero en Olvera Street estaba Guffy Anderson, un granuja que abarcaba cierto tipo de negocios al margen de la ley: venta de armas, equipos de soldadura, explosivos, herramientas de precisión, productos químicos de venta prohibida...

Galler fue a Olvera Street, y expuso a Anderson su deseo.

—Cien dólares serán suficientes, muchacho —dijo el mercachifle.

—¿Cien dólares, Guffy, maldito ladrón? Te daré cincuenta, y aún me robas.

—En tal caso, no tendrás lo que buscas. Cada vez que vendo una pistola, me expongo a «tirarme» unos cuantos «tacos» a la sombra. Elige. La pistola es una «Beretta», calibre nueve largo. ¡Una preciosidad!

—Dámela —gruñó Galler, enfurecido—. Y ojalá emplees mis cien «pavos» en un seguro de deceso.

Galler tomó la pistola, y entregó diez billetes de diez dólares, que Anderson guardó en un cajón, donde se veían unos cuantos fajos de billetes grandes.

A la vista de aquel dinero, a Luke se le despertaron unos deseos fervientes de atracar al viejo avaro. Se contuvo, sin embargo. Había tiempo de volver a la tienda de Guffy Anderson.

Abandonó la tienda, y condujo su coche, despacio, hasta la elegante Van Nuys. Penetró en un almacén de confecciones, y adquirió un par de bien cortados trajes. Porque estaba asqueado de llevar sobre sí el traje barato y anticuado que le habían entregado en la prisión.

Eligió también algunas camisas, corbatas y ropa interior. Quería

presentar buen aspecto, volver a la elegante indumentaria de años atrás, cuando trabajaba para Clifton Cooke.

Vestido ya, se contempló en el espejo del vestidor, y asintió, satisfecho. A pesar de la mandíbula deformada, su silueta, en conjunto, era elegante.

Hacia las once de aquella mañana, viajaba hacia Glendale. Al borde de un cuidado y solitario paseo, Luke se detuvo a leer el aviso: «MOTEL. ALQUILER POR MESES».

Poco después, se detenía ante la cabina del administrador, y abonaba ciento veinte dólares.

—Actúo en nombre de míster Richard Smith, de Boston. Míster Smith llegará dentro de unos días a gestionar asuntos de negocios. Entretanto, yo mismo ocuparé el motel —dijo Galler.

Pretendía tan sólo evitar que su nombre quedara registrado en el libro-control del administrador. Porque Galler se había propuesto mostrarse cauteloso y prudente hasta en los más mínimos detalles.

—Número veintisiete, señor. ¿Quiere que le acompañe a verlo? —ofreció el administrador.

—Gracias, no es necesario. Deme la llave. Volveré esta noche, quizá algo tarde.

Volvía a su coche, que había dejado a cierta distancia, oculto tras unos cipreses, y el pensamiento martilleaba su mente: Guffy, Guffy Anderson poseía una caja roñosa, llena hasta los bordes de billetes grandes.

Guffy le había estafado, le había robado. Porque era un oportunista, un abusón, un viejo avaro. Robarle sería una acción justa.

Decidido ya, Galler almorzó en el barrio chino. El resto de la tarde lo dedicó a las chicas de *madame* Gloria Sikeston, que explotaba un prostíbulo en Flanders Street.

Hacia las diez de la noche, Galler frenaba en Olvera Street. Andando cauteloso, llegó hasta la tienda, y se acercó a la puerta de entrada. El interior estaba a oscuras.

Galler llevaba un destornillador. No necesitaba más, para abrirse paso. Así, pues, hurgó en la cerradura, vigilando con miradas recelosas la calle, a uno y otro extremo.

Un minuto después, Galler comprobaba, rabioso, que la puerta estaba atrancada por dentro.

No se desanimó. Derrochó paciencia para evitar cualquier rumor, y, poco a poco, fue alzando los junquillos de madera que sujetaban uno de los cristales.

Al fin, el cristal fue depositado en el suelo. Galler introdujo una mano por el hueco, y sus dedos palparon la barra de hierro que aseguraba la puerta. La hoja se abrió, unos segundos después.

A tientas, muy despacio, avanzó en la oscuridad, y llegó al mostrador. Lo traspuso y palpó los cajones, buscando el bulto cuadrado de la vieja caja de caudales.

La encontró. Jadeaba levemente por la emoción, pero la satisfacción brillaba en sus ojos.

Decidió que lo más seguro era abrirla lejos de allí, puesto que la caja estaba cerrada con llave.

Por desgracia, en la oscuridad, sus movimientos eran inseguros y torpes. Al salir, tropezó con algo. Una vieja armadura hispana se vino al suelo, y se deshizo con gran estrépito.

Galler quedó petrificado. Inmóvil, aguardó sin embargo.

Unos pasos que provenían de la trastienda le obligaron a retroceder aprisa, y a ocultarse tras una vieja mesa de despacho.

El haz luminoso de una linterna se reflejó en el suelo. Guffy, vestido con un ridículo camisón de dormir, apareció en la puerta que comunicaba con la trastienda.

—¿Quién... anda... ahí?

Dirigía la linterna a todos los rincones, muy asustado. Y llevaba una pistola en la mano izquierda.

Entonces Guffy reparó en los trozos de la armadura, desparramados por el suelo. De allí sus ojos fueron a la puerta de la calle, de la que faltaba la barra de hierro.

—¡Salga, quien sea, ahora mismo! —gritó, despavorido.

Galler saltó sobre él, a su espalda, y le golpeó en la cabeza con el cañón de su «Beretta». Guffy cayó al suelo, pero no perdió el sentido.

Entonces las manos de Galler se ciñeron a su garganta. Lágrimas abundantes resbalaron de los viejos párpados de Guffy, que hacía desesperados esfuerzos por escapar a la muerte.

Galler era inmovible, salvaje y cruel. Apretó y apretó, sintiendo bajo sí los estertores de aquel cuerpecillo descamado y débil.

Cuando Galler se incorporó, jadeando, Guffy estaba muerto. Su asesino recogió la pistola y la herrumbrosa caja de caudales, y huyó.

Corrió apresuradamente, y alcanzó su coche. A un par de millas de allí, frenó ante un viejo solar, buscó un lugar discreto, y descerrajó la caja, tras lo cual volvió a guarecerse en el automóvil.

Un gruñido de animal satisfacción salió de sus fauces, al manosear su botín: algo más de dieciséis mil dólares.

Serenado ya, Galler condujo hasta Glendale, y abrió la puerta del motel número veintisiete. Poco después, dormía con sueño profundo y tranquilo.

Ni el más leve estremecimiento de sus músculos faciales acusaba el hecho de que aquel hombre acabase de cometer un salvaje y frío asesinato.

CAPÍTULO XI

Desde que, el día anterior, le llamase su hermano, Milton Seymour se sentía inquieto y preocupado.

Sus temores eran obvios: Seymour conocía a Luke Galler. No temía por sí, sino por Bob, de quien no podía cuidar las veinticuatro horas del día, debido a su trabajo, en la Oficina Federal.

Detener a Galler era una solución. Pero ¿en qué podía basarse? En nada: en Norteamérica no supone delito el hecho de permanecer ante una casa determinada... ¡incluso si se vigila con insistencia!

«Sólo podemos esperar», pensaba. Pero esperar, ¿a qué? ¿Quizá a que el asesino matase a Bob en su ausencia?

A Bob había dedicado todo el tiempo que su trabajo le dejaba libre. Bob era un inválido, y continuamente necesitaba cuidados, atenciones.

Había desatendido a Katy Marton, la guapa hija de Horace Marton. Había sacrificado el amor que por ella sentía ya, por... su hermano. Y no se arrepentía.

Pero...

—¿Qué ocurre, Seymour? Parece muy distraído. Hace diez minutos que le estoy hablando del asesinato de Guffy Anderson.

Seymour alzó la cabeza, y contempló, asombrado, al SAC Logan.

—Lo siento. Discúlpeme. ¿Quién es Anderson? —preguntó.

—Un anticuario, un viejo delincuente, que se ganaba la vida sirviendo de proveedor a muchos maleantes. Guffy Anderson fue encontrado muerto, en su tienda. El informe del forense dice que fue golpeado y estrangulado. La policía ha conseguido comprobar que de la tienda falta una pequeña caja de caudales, una «maría», como llaman a esas cajas portátiles, los ladrones...

¿Adónde iba a parar Logan? ¿Qué interés podía tener, para ellos, el caso Anderson?

—... Huellas por doquier —seguía diciendo Logan—. Y las

huellas pertenecen a un viejo conocido nuestro: Luke Galler.

Seymour se puso en pie de un salto.

—¡Galler! ¿Está seguro?

—Así es. La noticia parece haberle impresionado mucho. ¿Por qué...?

—Quisiera ocuparme de Galler, Jess. No se trata de una venganza. Se trata de la seguridad de mi hermano. Bob asegura haber visto a Galler, rondando nuestra casa. Y está aterrorizado.

—Me gustaría ayudarle, Milton. Pero el caso pertenece a la policía. Sin embargo, pondré todo mi interés personal en recomendar la captura de Galler, como asunto de primerísimo interés. Es todo lo que puedo hacer.

—Gracias —respondió Seymour. Y abandonó su despacho.

El hombre burló la vigilancia del portero, caminando a gatas bajo la cristalera del vestíbulo, y luego se incorporó y caminó a la carrera pasillo adelante hasta alcanzar el oscuro patio interior.

Olía allí a guisos caseros y a basura, pues el patio estaba lleno de grandes cubos de plástico, destinados a contener los desperdicios.

El intruso dirigió una mirada a lo alto. La escalera de incendios arrancaba desde el primer piso.

Alcanzarla, era difícil y comprometido. A la luz del día, aunque difusa, alguien podría verle, y avisar a la policía.

Al cabo de unos minutos, el intruso había encontrado un medio más discreto y seguro: el pequeño montacargas de servicio, mediante el cual los inquilinos elevaban sus cestas de la compra o sus enseres de pequeño volumen.

Así, pues, entró en el foso, lleno de polvo y telarañas, y buscó la trampilla del aparato.

Aunque resultase extraño, el individuo vestía una larga gabardina, que le cubría hasta por debajo de las rodillas. En setiembre, el tiempo era todavía muy agradable, y el hombre se puso pronto a sudar.

Descubrió la trampilla en el muro frontero. La abrió, y husmeó en su interior. Era necesario comprobar que el aparato elevador funcionaba, y para ello apretó el botón verde del conmutador, tras lo cual pulsó el rojo, al advertir que el montacargas se ponía en marcha.

No fue muy fácil introducirse en el reducido hueco. Alargó una

mano fuera, y pulsó el botón verde de puesta en marcha.

Se oyó un chirrido prolongado, y finalmente el aparato ascendió con lentitud. ¿Y si el aparato se averiase, en las alturas?

Nada de aquello sucedió: el montacargas seguía subiendo, subiendo.

El hombre de la gabardina sacó una linterna de bolsillo, y lanzó el haz luminoso hacia arriba.

Sus ojos destellaron al divisar la puertecilla marcada con el número cuatro. Justo cuando el montacargas llegaba a la altura de aquella puertecilla, accionó el conmutador situado junto a ella, y el montacargas se detuvo.

El intruso aguardó un minuto en silencio, tratando de escuchar algún rumor próximo. Nada escuchó, y entonces se dispuso a salir.

Abrió la trampilla, sacó sus piernas y se deslizó hasta el piso. La luz de la linterna iluminó una pequeña cocina, muy moderna y funcional. El intruso apagó la linterna, y cerró la trampilla.

Extremó sus precauciones, al abrir la puerta de la cocina. Por el pasillo adelante, el sol penetraba por alguna de las ventanas exteriores.

En el cuarto de estar, Bob Seymour dormitaba sobre su silla de ruedas. Había un libro caído a sus pies, pero el intruso no podía ver la pistola «Magnum» que Bob ocultaba en el regazo.

El merodeador se acercó a él, de puntillas. Se había calzado a propósito unos zapatos con suela de goma blanda, y su avance era silencioso como el de un felino.

Aunque el intruso trataba de contener la respiración, su agitación interior provocaba un desagradable estertor silbante.

Bob Seymour tenía un oído muy agudo. Y aunque dormitaba, aquel rumor estertoroso le despertó, porque estaba habituado al absoluto silencio.

El intruso advirtió el leve movimiento en su víctima, y extrajo, veloz, una navaja de resorte de larga hoja.

Bob exhaló un alarido de terror, y se volvió en su silla.

La puñalada le alcanzó en la espalda. La fría sensación del acero desgarrando sus carnes, le obligó a gemir de forma alucinante.

El asesino retiró su arma, y volvió a hundirla en la espalda de su víctima, y una y otra vez.

No parecía experimentar la menor repugnancia, cuando sus

dedos se mancharon de la sangre que brotaba, abundante, de las heridas de su víctima.

Bob se escurrió lentamente hacia adelante, y cayó despacio hasta golpear con la cabeza en el muro.

Allí quedó encogido como un niño, en patética contorsión, las manos apretadas contra el pecho, como si pretendiera aferrar la vida que se escapaba por sus tremendas heridas.

El asesino le miró unos instantes, impávido.

Luego, se inclinó y limpió el cuchillo y sus propias manos, en las ropas de Bob.

No satisfecho del todo, buscó el lavabo, se lavó cuidadosamente las manos, y observó su atuendo, buscando posibles manchas de sangre en su indumentaria.

El espejo reflejó su gesto de satisfacción. Luego, abandonó el lavabo.

Fue a la cocina, subió al montacargas, y pulsó el botón de descenso.

Apenas había empleado cinco minutos en cometer su repugnante crimen.

Un segundo después, atravesaba el patio, alcanzaba el vestíbulo a gatas, y salía a la calle.

CAPÍTULO XII

Milton frenó con brusquedad, y abandonó el «Newport», ante su casa. En la puerta, se cruzó con un individuo fornido, cuyas facciones no pudo ver, ocultas bajo el ala del sombrero.

El tipo le llamó la atención. ¿Quién se atrevía a vestir aquella anacrónica gabardina gris, en un día tan templado?

Le siguió con la vista, y le vio introducirse en un viejo «Rambler». Ya se disponía a penetrar en el vestíbulo, cuando se detuvo.

¡Un viejo «Rambler»! Según Bob, Luke Galler poseía un coche como aquél. Sin embargo, Seymour trató de desechar su sospecha.

—¡Bah! Existirán miles de vehículos de ese modelo, en esta ciudad —se dijo.

Sin embargo, un oscuro presentimiento le embargaba cuando subió al ascensor, y cuando llegó ante la puerta de su apartamento, Milton se precipitó dentro, con ansia.

—Bob, ¿estás ahí? —preguntó en voz alta, tratando de calmar su propia inquietud.

Nadie respondió a su llamada. Entonces Milton se precipitó al cuarto de estar, como mía tromba.

Lo que vio le dejó helado de espanto. Luego, un sollozo estrangulado brotó de su garganta: Bob permanecía en el suelo, arrugado, rodeado por un gran charco de sangre.

—¡Bob, hermano mío! —gritó, de forma incontenible.

Los sollozos brotaron de lo más hondo de su pecho, ahogándole. Durante unos minutos, Seymour lloró amargamente, contemplando el cadáver de su hermano.

Sin embargo, su instinto profesional le impidió tocarle.

Las lágrimas cesaron, y sus facciones se atirantaron de odio. ¿Galler?

Según pudo comprobar un instante después, las precauciones

estaban de sobras. Bob había denunciado a su asesino: escrita con su propia sangre sobre el piso, una palabra, de rasgos temblorosos e indecisos: GALLER.

Transido de congoja, y dominado por la desesperación más intensa, Milton observó la espalda de Bob, cosida a puñaladas.

Apenas podía comprender aquel ensañamiento... en la persona de un inválido.

Su ánimo se debatía entre la amargura y el rencor. Inclinado, con una mano, acarició las mejillas de Bob, con la otra acarició la pistola que reposaba en su funda, bajo la chaqueta.

El zumbido del teléfono se repitió tres o cuatro veces, antes de que Milton pudiera oírlo. Al fin, se puso en pie y descolgó.

Una voz conocida vibró en su oído:

—¿Milton Seymour? Espero que me recuerde, poli, aunque no sea para bendecirme. Le debía un favor, ¿recuerda? Creo que puedo considerar saldada nuestra cuenta con el «regalito» que tiene ahora ante los ojos.

Milton enrojeció de cólera.

—¡Galler! ¡Es usted!

—¿En quién pensaba? ¿Tal vez en una hermanita de la caridad?

—Maldita sea su alma, Galler. ¿Cómo puede existir un individuo tan repugnante, tan sádico, tan bestial como usted? —gritó Seymour, temblando de indignación.

—Adivínelo. Y vaya adivinando el instante en que le llegará la muerte, Seymour. Porque usted también morirá.

El «clic» que escuchó Seymour le convenció de que Galler había colgado.

Sin perder tiempo, el policía marcó el número de la central de teléfonos, y citó su condición de agente especial del FBI, solicitando información sobre el lugar desde el que el asesino acababa de llamar.

No tardaron mucho en darle respuesta: la llamada provenía de una cabina situada frente al número 211 de Harbor Boulevard. Es decir, al otro extremo de la ciudad, en un extrarradio.

Milton comprendió que cuando hubiera llegado, Galler ya no estaría allí. Afligido, colgó el teléfono y volvió junto al cadáver de Bob.

Un segundo después, el teléfono volvió a sonar. Pero esta vez era

Jess Logan, su jefe inmediato en el FBI.

—¿Seymour? Le llamaba para...

—Galler ha asesinado a mi hermano. A puñaladas. Un momento después, ha tenido la desfachatez de telefonearme, e incluso me ha amenazado con asesinarme. ¿Puedo ocuparme de la investigación?

La voz de Logan tardó en volver a oírse. Quizá la emoción le impedía articular con claridad las palabras.

—Lo siento, Seymour. Crea que lo siento doblemente. Iré ahora mismo a su casa. Necesitará ayuda moral, y yo estaré con usted todo el tiempo necesario. En cuanto a su petición... Ya sabe que el reglamento no permite intervenir de forma oficial a los agentes especiales, en los casos que les atañen personalmente.

—Lo sé, jefe —respondió Milton, con voz átona—. ¿Qué va a hacer?

—Galler no escapará, porque vamos a ocuparnos de ello. En cuanto a usted, Seymour... voy a concederle licencia por un mes. Y puede emplear su tiempo en lo que le plazca, mientras no se interfiera en la labor de la policía o de los

G-Men

que sean designados para encontrar a Galler.

—Bien. Creo que debo darle las gracias.

—¿Por qué? Espere ahí. Estaré con usted en unos pocos minutos.

Milton colgó el teléfono, tomó una silla y se sentó en ella, el rostro velado por las manos.

En aquel supremo instante de desconsuelo, su pensamiento voló a Katy Marton. Y comprendió que amaba con toda sus fuerzas a aquella mujer.

Sin embargo, no llegó a descolgar el teléfono para llamarla.

Luke Galler mordisqueó una manzana, y luego la arrojó por la ventanilla.

Vigilaba, desde su coche, a Katy Marton, que en aquel momento debía encontrarse en manos de Marcel Joubert, aquel atildado y afeminado peluquero de París, que se había puesto de moda unos meses atrás.

Galler se disponía a encender un cigarrillo, cuando vio venir al policía de uniforme.

El «cop» dirigió una ojeada al coche, y se aproximó.

—Por favor, ¿quiere mostrarme la documentación de su coche,

señor? —pidió amablemente.

—¿La documentación? —preguntó Galler, envarado. Y se apresuró a sonreír—. Desde luego, ahora mismo.

Fingió que buscaba en la guantera, mientras murmuraba:

—Debe estar por aquí. Sí... eso es: aquí está.

De repente, su mano brotó del interior del coche. La llave inglesa que empuñaba se estrelló, brutal, contra el rostro del policía, despidiéndole de espaldas.

Sin perder un segundo, Galler dio al encendido y arrancó, pisando a fondo el acelerador. Un momento después, el coche se alejaba.

Conduciendo con los brazos tensos, Galler se dijo que había sido una equivocación tremenda no cambiar de coche. Era evidente que Seymour le había visto, que había dado los datos de su automóvil a la policía.

No era tarde para hacer desaparecer el coche. ¿No había un cementerio de automóviles en Gilham Place? Bastaría con dejar el coche allí. Los chatarreros meterían el coche en la prensa, imaginando que se trataba de un vehículo desechado.

Poco después, tomaba un taxi y se dirigía a Glendale. Ordenó al conductor que se detuviera trescientos metros antes, y le despidió.

Mientras caminaba hacia el motel veintisiete, decidió que al día siguiente compraría un coche nuevo, a estrenar. Ahora, podía permitírselo.

CAPÍTULO XIII

Cuando Milton volvió a casa, tras los funerales por el alma de Bob, el teléfono repiqueteaba en el saloncito.

—Milton Seymour. ¿Quién es?

—¡Al fin! He estado llamándole durante toda la tarde. Bien, supongo que habrá reconocido mi voz. Soy Lyon Chichester, director de la penitenciaría del Estado. Le llamé al FBI, pero me dijeron que estaba usted disfrutando unas vacaciones, de forma que consulté la guía, y encontré su número.

—Bien, míster Chichester. Y dígame, ¿cuál es el motivo de su llamada?

—Verá, Seymour. Usted me llamó hace unos días, interesándose por Luke Galler, ¿recuerda?

—Sí —respondió el policía, estremeciéndose.

—Galler había denunciado a Sims Bellenose, un condenado a perpetuidad, según le informé en aquella ocasión. Pues bien, Bellenose acaba de fugarse.

—¿Que acaba de...? Míster Chichester, rectifíqueme si me equivoco: Bellenose debería estar en una celda de seguridad, ¿no?

—Sé adónde va a parar —contestó Chichester, tras un leve carraspeo nervioso—. No puede explicarse cómo Sims ha logrado evadirse, ¿no? Tiene razón: la fuga de Bellenose ha sido la más novelesca y espectacular que he conocido. Desde que dirijo esta penitenciaría, ningún preso había conseguido la fuga. Bellenose fue aislado en una celda del sótano. Mi opinión, hasta ayer mismo, era que ningún presidiario conseguiría escapar de allí. Pero él lo ha conseguido.

—Explíquese, por favor.

—Sims logró unos fragmentos de vidrio de unas bombillas, y se cortó las venas de sus muñecas. Cuando ya se desangraba, llamó a gritos al vigilante...

El preso había sido trasladado a la enfermería. Sus heridas fueron vendadas, y se le administró un sedante. Mientras el doctor Wullits le atendía, Sims logró escamotear una dosis de digitalina, y poco después, sufría un incontenible ataque de nervios, de forma que fueron necesarios seis hombres para sujetarle en una cama, a la que fue atado.

—De pronto, Wullits observó que sufría un síncope tras lo cual Sims quedó inmóvil. Su rostro quedó pálido como la nieve —siguió Chichester—. Wullits le auscultó: el corazón no latía. Todo cuanto hizo el doctor fue inútil: ni estimulantes ni masaje al corazón dieron resultado positivo. Bellenose, oficialmente, había muerto.

Su cadáver fue llevado al depósito, en un patio exterior, muy cerca del recinto que limita con la calle.

—Pues bien: a la mañana siguiente, el cadáver había desaparecido —dijo Chichester.

—¿Cómo es posible? —Logró articular Milton Seymour.

—Había resucitado. Wullits echó en falta una dosis de digitalina, y lo comprendió todo. Sims se había cortado las venas para ser llevado a la enfermería, y tener ocasión de robar la digitalina. Sabía que esta droga puede producir, en individuos que padecen hipersensibilidad nerviosa, un estado similar al de la muerte. Sims se expuso a morir, pero tuvo suerte. Debió reanimarse de madrugada, cambió su uniforme por ropas civiles, y se ocultó bajo la lona del camión que realiza los transportes para la prisión. Ha escapado.

—Asombroso —murmuró Seymour.

—Así es. Por supuesto, he denunciado ya la fuga, y a estas horas, Sims estará siendo buscado por miles de policías. Pero imaginé que a usted le interesaría conocer esta singular historia. Deben saber que Bellenose es un hombre mil veces peligroso, que debe ser detenido antes de que...

—Gracias, míster Chichester. Ha sido muy amable, telefoneándome —dijo Milton, ansioso por terminar. Y colgó.

«Creo que Galler tiene los días contados, a partir de ahora», pensó Seymour.

Nervioso, extrajo un cigarrillo del bolsillo, lo encendió y fumó con ansia. ¡Cuántos acontecimientos, en unas pocas horas!

Primero, el triste acto de los funerales por Bob Seymour. Luego,

el encuentro con Katy...

En el cementerio, Milton se inclinaba para tomar un puñado de tierra húmeda para arrojar sobre el féretro que contenía a Bob, cuando unos dedos finos y tibios oprimieron su mano. Giró la cabeza y encontró a Katy Marton, cuyos ojos brillaban, emocionados.

Ella no dijo una palabra hasta que la fúnebre ceremonia hubo terminado. Pero Milton se sintió confortado, con el roce de sus dedos.

A la salida, Katy le tocó apenas en el brazo.

—Es algo abominable, Milton. Bob sólo era un inválido. La noticia me ha llegado al alma. Estoy contigo, de todo corazón —dijo, en un susurro.

Él no contestó. Simplemente, la tomó por el brazo, y lo apretó con suavidad.

—¿Quién te lo dijo, Katy, quién te dio la noticia? —preguntó luego.

—Jess Logan. Telefoneó a casa, y me lo contó todo.

Juntos, anduvieron en silencio hasta llegar al enorme «Chrysler Imperial» que aguardaba fuera, con el chófer de los Marton al volante.

—¿Qué vas a hacer ahora, Milton? —preguntó ella. Unas chispitas brillaban en sus preciosos ojos, rasgados y expresivos.

—¿Qué puedo hacer si no buscar a ese hombre, al asesino de Bob? Quizá ello me cueste mi empleo en el FBI, pero incluso así... Confieso que tengo que poner en orden mis ideas. Estoy desquiciado, Katy.

—Está bien, Milton. No quiero imponerte mi presencia... ahora. Pero si me necesitas... estaré junto a ti en cuerpo y alma —dijo ella.

Mirándola a los ojos, Milton decidió que había sido una tontería no haberse dedicado a Katy Marton, en tiempos pasados.

Porque, en realidad, nunca había correspondido al interés de aquella bellísima muchacha. ¿El motivo? Prejuicios de clase o de tipo económico: ella era una millonaria, él...

—Creo que te mereces lo mejor, Katy —dijo Milton, con un trémolo de emoción en la voz—. Intentaré ganar el tiempo perdido. Bob ha muerto. Por desgracia, ya no tendré que ocuparme de él... excepto para cazar a su asesino. Ahora, he de dejarte. Cuidado,

Katy, Volveremos a vernos.

—Cuídate tú también, amor mío —dijo ella, en un susurro. Y un instante después, el «Chrysler» se alejaba.

Milton atravesó la calzada y se alejó hacia su automóvil, sin ver a Logan y otros compañeros de la Oficina Federal, que habían asistido al sepelio.

Discretos, los hombres del FBI se habían mantenido aparte, al advertir que Milton charlaba con Katy Marton.

—Es necesario encontrar a Galler —estaba diciendo Logan a sus hombres, cuando Seymour tomaba su coche—. Antes de que lo encuentre Milton, y se meta en un embrollo.

Después, todos desfilaron hacia los automóviles en los que se habían trasladado hasta San Bernardino.

CAPÍTULO XIV

El hombre que ocupaba el elegante «Wildcat» deportivo, no perdía un momento de vista a Katy Marton.

Y la verdad es que valía la pena contemplar aquel cuerpo, tostado sobre la arena dorada de la playa. Eternamente solitaria, Katy tomaba el sol al borde del mar, deleitándose en sus íntimos pensamientos.

Cerrados los ojos, no pudo ver al hombre que se apeaba del «Wildcat» azul, y bajaba hasta la playa.

Un momento permaneció el hombre a unos cinco metros de distancia, devorando el cuerpo femenino con los ojos. Katy vestía un sucinto bikini amarillo, que resaltaba aún más a su piel tostada.

—¿Señorita Marton?

Katy se incorporó, asustada, y vio al individuo bien vestido, de atlético aspecto, que estaba junto a ella.

—¿Sí? —respondió, expectante.

—Soy Joe Priesley, cuñado de Ben Bolton, su chófer. Me pidió que corriera a avisarla: su padre ha sufrido un colapso. Hemos avisado ya al doctor Ridder, pero Ben no se sentirá tranquilo hasta que usted vuelva. Me dijo que acostumbraba a venir aquí y...

Katy se incorporó de un salto. Estaba palidísima.

—¡Dios mío, no comprendo cómo ha podido suceder! Por favor, deme esa bolsa, yo...

—Venga conmigo. Comprendo su estado de ánimo. La llevaré en mi coche —se ofreció el desconocido.

—No, no, gracias. Iré en el mío. Está arriba.

—Como desee, *miss* Marton. He cumplido con el encargo de Ben. Si necesita mi ayuda...

—Gracias de nuevo, míster... Priesley. Ha sido muy amable viniendo a avisarme —murmuró Katy. Y salió corriendo, con el corazón agitado por el temor.

Luke Galler la siguió sin prisas. Una sonrisa cínica distendía sus labios finos, crueles.

Él sabía muy bien lo que iba a suceder cuando Katy alcanzase el Lincoln Boulevard.

Katy llegó arriba, buscó la llave del coche y abrió la portezuela. Antes de terminar de abrir se dio cuenta de que los neumáticos de su coche estaban deshinchados. Los cuatro.

Desolada, miró a todas partes, ansiosa por encontrar un taxi. Pero sus ojos tropezaron con la figura de Galler, que acababa de subir al paseo.

—¿Le ocurre algo, *miss* Marton? —preguntó él. Fingió hacer una pausa, reparar en la avería, y exclamó—. ¡Vaya una situación! Esos chiquillos... Vi a un grupo de mozalbetes cuando aparqué aquí. Debieron ser ellos.

Katy le miró esperanzada:

—Por favor, *míster* Priesley, no perdamos el tiempo. ¿Sigue ofreciéndose a llevarme a casa?

—Por supuesto, *miss* Galler. Basta que Ben me enviase aquí. No me importa perder quince o veinte minutos. Suba, por favor —invitó Galler, sonriente.

Por desgracia, Katy no podía ver la expresión de los ojos del desconocido, cuando ella se acomodó en el asiento delantero. Si hubiera tenido tal oportunidad, lo hubiera pensado mejor antes de aceptar los servicios de aquel hombre.

¿Qué podía hacer? La consternación la dominaba y sólo le interesaba una cosa en aquellos momentos: estar junto a su padre.

Galler arrancaba ya. Muy hábil, torció el volante en Lincoln Boulevard y rodó hacia el sur.

Durante diez minutos, ninguno de los dos dijo nada. El coche rodaba ya por los suburbios dirección oeste, cuando Katy se agitó, sorprendida.

—Por favor, está siguiendo un camino equivocado —dijo inquieta—. Por ahí...

—Lo sé, preciosa —Galler giró veloz el volante y frenó en seco, con lo que Katy cayó en sus brazos.

Un golpe en la nuca y la joven resbaló sobre el asiento, sin un gemido.

Galler sacó un frasco de cloroformo, empapó un pañuelo y lo

aplicó a la nariz de la muchacha.

—Dormirás durante unas cuantas horas —gruñó. Y acarició con una mano los finos cabellos de la mujer.

Desde que la viera por primera vez, Galler había deseado a aquella bella muchacha. Y ahora nadie podría disputársela.

Arrancó y rodó a gran velocidad hacia Glendale.

Míster Horace Marton regresó a su casa a las nueve de la noche.

Tomó una ducha, se visitó y buscó a la señora Smith, la mujer que cuidaba de su residencia desde que muriera la señora Marton.

—¿Regresó Katy, Ana? Es extraño: no me telefoneó a Santa Mónica, como es su costumbre.

—Lo siento, señor. Yo también me siento intranquila. No ha vuelto.

Marton comenzó a inquietarse. Contra su costumbre, se sirvió un vaso mediado de *whisky* y se dejó caer sobre un diván.

—Es raro, muy raro. Katy se encarga de avisarnos, si tiene algún compromiso —murmuró, pensativo.

—Así es, señor —asintió la señora Smith.

Marton apuró el *whisky* de un solo trago, ante la escandalizada expresión de la señora Smith, cuyo asombro fue en aumento al ver que míster Marton se servía otro *whisky* seguidamente.

—No es necesario que nos preocupemos demasiado, Ana —aconsejó, poniéndose en pie, e iniciando un nervioso paseo por la estancia—. Es temprano. Sin embargo... Diga a Ben que se quede. Y ojalá no necesitemos sus servicios.

La señora Smith salió a cumplir el encargo. Entretanto, Marton hizo algunas llamadas telefónicas.

Katy no tenía amigos. Y sólo unas pocas amigas. Pero siempre...

—No, señor Marton. Apenas vemos a Katy de cuando en cuando.

—¿Eres tú, Horace? ¿Katy? No, hace un siglo que...

Repitió otra y otra llamada. Sin éxito. Y sus nervios comenzaban ya a dispararse. Su mano voló al vaso y volvió a beber.

Aguardó, hojeó unas revistas. ¿Se preocupaba demasiado? Bueno, Katy aparecería en cualquier momento, sonriente y alegre, como siempre.

Sin embargo, dieron las once y Katy no había vuelto. El cenicero de Marton estaba lleno de colillas y el frasco de *whisky* bajaba de forma alarmante.

A las doce de la noche sus nervios hicieron crisis. De un salto se puso en pie y llamó a la señora Smith:

—Algo ha ocurrido, Ana. Voy a llamar a Seymour. Y ojalá él pueda hacer algo para terminar con nuestra angustia —dijo con voz ronca.

Ya se disponía a marcar un número, cuando el teléfono zumbó. Marton tomó el auricular con un gesto ansioso.

—Horace Marton, al habla. ¿Eres tú, hija?

—Buenas noches, míster Marton. Y no se equivoca: aquí está su hija.

—¡Katy! —A Marton se le escapó el grito—. ¿Quién es usted?

—No haga aspavientos. Mi nombre no interesa. Y ahora escuche. Escuche con toda atención, porque de ello depende la vida de su hija. Si quiere recuperarla, haga cuanto le ordeno.

Marton se atragantó. Pero siguió escuchando.

—Si vacila, si comete el menor error, su hija morirá irremediablemente. ¿Me oye? Bien, escuche: vaya a la sucursal de la Marton Incorporated de Santa Mónica. Traiga las llaves. Todas. Aparque frente al Banco. Yo me acercaré a usted, su hija estará allí.

—Siga —exigió Marton, con voz enronquecida.

—He vigilado su casa y sé que su teléfono no está intervenido. No avise a la policía ni hable con nadie. Siga mis instrucciones y tendrá a su hija.

—¡Espere! Debo saber...

Fue inútil. Su comunicante había colgado ya el teléfono.

—Katy... secuestrada —murmuró Marton, aterrado. Pero no vaciló. Las instrucciones de aquel canalla eran claras. Marton debía cumplirlas si quería salvar la vida de su hija.

CAPÍTULO XV

Bill Ansker estaba comprobando las medidas anatómicas de una bellísima y rubia jovencita, cuando alguien penetró como un huracán en su habitación.

La puerta, cerrada con llave, había saltado desgajada de sus bisagras con facilidad impresionante, por lo que Ansker se calló las palabrotas que surgían, ya tumultuosas, de sus labios.

El hombre que había destrozado la puerta era alto y fibroso, vestía con ropas destrozadas y sus facciones aparecían demacradas. Unos ojos negros, febriles, brillaban como diamantes.

—¡Sims...! —gritó Ansker, espeluznado—. ¡Sims Bellenose!

El intruso jadeó como un animal, avanzó unos pasos y se dejó caer sobre el más próximo diván.

—Está bien, Jill, preciosa, tendremos que buscar otro momento. Ve a tu habitación. Ahora tengo que atender a un amigo —pidió Bill.

La rubia se alejó con una mueca de curiosidad en su rostro. En cuanto hubo desaparecido, Bill se abalanzó sobre el diván que ocupaba Bellenose y le ofreció un cigarrillo.

—Nunca lo hubiera creído de no verlo con mis propios ojos, Sims. ¿Cómo has logrado escapar?

—Estoy aquí. Es bastante —respondió el otro, seco.

—Eres extraordinario... como siempre, Sims.

—No voy a perder el tiempo de forma estúpida, Bill. Busco a un hombre para matarlo. Tú tienes hombres y posees recursos. Vuelve la vista atrás, Bill, y recordarás que todo esto lo tienes gracias a mí.

Bill se encogió en su asiento. Su egoísmo le alertó enseguida.

—Es cierto. Me ayudaste, me empujaste hacia arriba, Sims —asintió.

—No temas. Sólo necesito alojamiento por unos días y que tus hombres me encuentren a un tipo llamado Luke Galler —le

interrumpió Sims.

—¿Galler? ¡Ese sinvergüenza...! Me sacó mil doscientos dólares. Pero poco va a durar en la calle. Le buscan: asesinó a un viejo para robarle.

Los extraños ojos de Bellenose destellaron.

—Tus hombres tendrán que darse prisa, Bill. No quiero que la policía se me anticipe. Debo matarlo yo. ¡Él me vendió, me traicionó!

—Serénate, Sims. También yo odio a Galler. Tendrás todo lo necesario. Ahora, fuma un cigarrillo, bebe un trago. Yo mismo te serviré.

Sims tomó el vaso que Bill le tendía. Sus ojos quedaron espantosamente fijos en el ambarino licor que contenía. Galler estaba sentenciado a muerte.

—La encontraremos, señor Marton. Confíe en mí. Le traeré a Katy viva. Si no vuelvo...

Marton no dijo nada. No podía hablar. Pero las palabras de Seymour le habían confortado un tanto.

—Ha de ser fuerte, señor Marton. Hemos avanzado en la investigación. Unos chiquillos vieron al hombre que rajó los neumáticos del coche de Katy. Y la descripción coincide con Galler. También sabemos la matrícula y la marca del coche de ese individuo. Ahora mismo, centenares de policías están registrando esta ciudad. Volveré, señor Marton. Le telefonearé en cuanto sepa algo. ¡Animo, todo se solucionará!

—Seymour... No sé cómo agradecerle todo esto. ¡Ojalá tenga ocasión! —consiguió pronunciar Marton.

En cuanto Seymour hubo colgado, Marton se puso una chaqueta y llamó a la señora Smith.

—Voy a Santa Mónica, Ana. Si no vuelvo con Katy antes de una hora, llama a Milton Seymour y dile que he ido al Banco, que han secuestrado a Katy, que me han pedido dinero... ¡recuérdalo!

—¡Pero... señor Marton!

Marton salió a la calle y tomó su automóvil. Veinte minutos más tarde, frenaba ante el Marton Incorporated Bank, de Santa Mónica.

Inmediatamente una sombra se acercó a él y algo frío rozó su cuello.

—Abajo, Marton. Abra la puerta del Banco.

Obedeció. Y vio a Katy, apoyada sobre un coche azul, semiinconsciente. Ya trataba de tocarla, cuando Galler le empujó con rudeza.

Había que superar el miedo, el dolor y la inquietud. Marton abrió la puerta principal del Banco, siempre bajo la amenaza de Galler.

Cruzaron el gran salón de operaciones. Marton se detuvo ante la caja, vacilante, porque sabía que el cofre guardaba más de ochocientos mil dólares.

—Ábrala. No dude, o mataré a su hija. Está aquí, conmigo —gruñó Galler.

¿Qué remedio? La abrió. Y fue lo último que supo porque en cuanto la puerta giró sobre sus goznes, Galler saltó sobre él y le golpeó hasta derribarlo.

Los ojos de Galler centellearon de codicia al contemplar las ordenadas hileras de fajos de billetes. Sus dedos temblaban cuando introdujo una mano y comenzó a vaciar el arca...

—Es para usted, Seymour.

Milton tomó el teléfono, esperanzado. Pero la voz que esperaba escuchar no era la de Katy Marton, sino la de una mujer llamada señora Smith.

—No... no he sido capaz de aguardar, señor Seymour. Míster Marton me dijo que esperara una hora, pero...

Seymour prestó súbita atención a las palabras de aquella mujer. Y un momento después colgaba.

—¿Qué era, Seymour? ¿Algo interesante? —quiso saber Jess Logan.

—Nada. Un aviso sin importancia. Voy a salir. Volveré en cuanto pueda —respondió, hermético. Y salió.

Marton había salido hacia Santa Mónica. Galler tenía a Katy, no cabía otra esperanza. Y ahora trataba de aprovecharse del millonario.

El «Newport» volaba materialmente sobre el asfalto de las calles de Los Ángeles. Pero cuando llegó ante el Banco Marton, todo estaba silencioso y solitario.

La puerta estaba abierta. Y abierta la imponente caja de caudales de acero. Marton yacía en el suelo, con un desgarrón en el cuero cabelludo.

Un gemido brotó de los labios del millonario.

—¡Katy, Katy, hija mía...! —exclamó.

También Milton murmuraba un angustioso ¡Katy, Katy, amor mío!, en lo más profundo de su corazón. Pero había que atender a Marton, pedir una ambulancia...

La ambulancia estuvo allí en cinco minutos. La policía acordonó el Banco, registró el local, tomó huellas. Hacia las doce, un oficial de policía llamó a Milton Seymour. Le llamaban del FBI por radio.

Era Philby, un amigo. Y parecía muy excitado.

—Milton, no sé si estará bien decírtelo. Pero acaban de encontrar el coche de Galler. Un «Ford-Wildcat» azul. Se encuentra ante un motel de Glendale...

Sims Bellenose dormía pesadamente en el gran lecho de Bill Ansker, cuando la puerta se abrió con violencia y el propio Bill se precipitó sobre la cama.

—¡Sims, Sims! ¡Despierta, despáñate! Mis muchachos saben dónde se encuentra Galler. Ellos te guiarán, si lo prefieres. Abajo está mi coche, con el tanque de gasolina lleno. En la guantera, hay una pistola. Prométeme que cuando mates a Galler, pronunciarás mi nombre.

Sims le apartó de un manotazo y salió de la habitación con pasos de beodo.

Él no necesitaba pistola; guardaba una preciosa navaja en el bolsillo. Con la navaja tenía bastante.

Ansker bajó tras él, pisándole los talones. Y en la calle señaló un gran «Pontiac», nuevo y brillante.

—¿Quieres que te acompañe, Sims? Nada me gustaría más que...

—Dime dónde está Galler —exigió Bellenose, brutal. Y Bill se lo dijo.

Luke Galler se sentía aquella noche muy excitado y hablador. A ello contribuía, sin duda, la media botella de *scotch* que había consumido, desde que regresara con dos bolsas de nylon que contenían ochocientos mil dólares en billetes.

—Aquí el dinero viajará cómodamente, encanto —dijo, burlón, mirando a Katy, atada sobre un diván—. Y, ¿sabes qué estoy pensando? Que no sería mala solución llevarte conmigo. Sí, sí, eso es lo que haré... Me servirás mucho. Y además me gustas, tú lo

sabes.

La posesión del dinero le había convertido en un triunfador, en un hombre potente e invencible. Con ochocientos mil dólares, ¿qué se le podría resistir?

Katy seguía observándole, inmóvil, silenciosa.

—No quieres contestar, ¿eh? Imagino la cara que habrá puesto Seymour al saber que tú estás en mis manos —rió como un loco—. ¿Qué mejor venganza? Galler huye con la novia de Seymour, la roba, la ultraja, ¡ja, ja, ja!

Era muy tarde. Quizá la una... ¿o las dos? Y Galler se emborrachaba más y más. Katy había oído varias veces aquel rumor, pero Galler sólo le prestó atención cuando vibraron los cristales.

—¿Has oído? —preguntó levantándose de un brinco y yendo a la ventana.

Luego se volvió hacia Katy. Galler empezaba a asustarse. Por eso buscaba el rostro de Katy, como si ella pudiese darle ánimos.

Galler sacó la pistola y prestó atención a los ruidos exteriores.

Al cabo, pareció tranquilizado.

—Tiene gracia, ¡ja, ja, ja!, que Luke Galler empiece a tener miedo, muñeca. Y todo es por culpa del dinero. En cuanto uno se enriquece, todo se le vuelven temores. Espera aquí. Iré a echar una ojeada —dijo.

¿Qué remedio? Por supuesto que Katy tendría que esperar, atada como se encontraba.

Galler desapareció hacia la cocina, pistola en mano y con andares cautelosos.

Entretanto, el hombre que había estado vigilando a Galler desde lo alto del techo, retiró la claraboya de cristal y se descolgó con la agilidad de un mono hasta dejarse caer al suelo.

Katy se encogió al contemplar aquellas facciones demacradas. También el hombre la contempló un instante. Con la misma indiferencia con que resbalaron sus ojos negros sobre las maletas, las bolsas de nylon...

Sims Bellenose comprendió que la mujer no gritaría ni apercibiría a Galler.

Luego, de repente, sonaron los pasos de Galler. Sims saltó hacia la puerta de la cocina y se acurrucó junto a ella, manteniendo la

navaja empuñada en su mano derecha.

Galler acababa de registrar la cocina. Incluso había salido al minúsculo jardín. Le hubiera gustado ver correr a un perro o un gato. Pero no había visto nada y ello le tranquilizó un tanto.

Por eso metió la pistola bajo su cinturón cuando volvía a la pieza principal, donde se encontraba Katy.

De pronto, el aire se desplazó a su izquierda.

Sims Bellenose se incorporó junto a él de un salto, el cuchillo centelleó a la luz de la lámpara de hierro y la punta del acero rasgó sus carnes.

Un chillido impresionante y Galler saltó de costado.

Moviéndose como un poseído, Sims no le dio tiempo a sacar la pistola bajo el cinturón. Y movió su navaja. Con toda la frialdad concebible, Sims trataba de no herir en profundidad a su víctima.

Un destello fugaz y Galler berreó como un animal al sentir desgarradas sus mejillas por el agudísimo filo de la navaja.

El terror se apoderó de él y le impidió defenderse.

Ante él, Sims bailaba como un simio, atacaba, retrocedía, despachando temibles cuchilladas a diestro y siniestro.

—¡¡Basta...!! —chilló por fin Galler, al verse cubierto de sangre—. ¡Basta... por caridad!

Bellenose rió a carcajadas, bestialmente.

Mudo de espanto, Galler no reaccionó. Y su enemigo disparó el brazo armado. El acero centelleó, bailó cegador ante los ojos de Luke hiriendo a este de nuevo.

Sólo ante aquel lacerante dolor obró el instinto de Galler. Porque instintivamente se dejó caer al suelo, bajó la mano al cinturón y consiguió empuñar la pistola.

Sims rugió como un animal y sus ojos danzaron enloquecidos. Y su mano izquierda agarró la pesada lámpara de pie. De dos golpes la mano armada de Galler quedó destrozada.

Entonces Luke cayó al suelo y sollozó como un niño.

Una tremenda angustia le impedía hacer otra cosa que no fuera sollozar y retorcerse.

—He aquí a la babosa —rió ferozmente Bellenose, alzando la lámpara de hierro—. Luke Galler, el traidor, el chivato, el reptil asqueroso...

Katy se estremeció de horror. Porque una gran babosa parecía,

en verdad, Galler.

En aquel momento, Bellenose rechinó los dientes y dejó caer la lámpara con saña. Katy cerró los ojos.

Era tan intenso el pavor que la embargaba, que la mujer lloró desgarradoramente, ahíta de horror.

En el suelo, Galler se movió despacio. Sus ojos desorbitados, contemplaban su brazo izquierdo destrozado.

Lentamente, Bellenose dejó la lámpara sobre el piso y miró a su alrededor con expresión enloquecida. Fue a la ventana y de un tirón, arrancó las cortinas.

Trabó los cordones de nylon con gran habilidad, ató los tobillos de Galler y le arrastró bajo el bello farol de hierro forjado que colgaba del techo.

Sims pasó un extremo del cordón por el farol y tiró con brusquedad hasta que el cuerpo de Galler se separó del suelo y quedó colgando boca abajo.

—Aún no he terminado, Galler. Antes de morir sentirás tus carnes traspasadas por el fuego. ¿No es la mejor muerte para una babosa? —rió.

Katy le vio retroceder, tomar la navaja de nuevo... Un grito se escapó de su garganta y cerró los ojos.

Cuando los abrió, vio que Sims había desgarrado las bolsas de nylon y vertía ochocientos mil dólares bajo el cuerpo colgante de Galler.

Un fósforo brilló en su mano.

Bellenose se inclinó lentamente y prendió fuego a la pira...

CAPÍTULO XVI

Eran las cero treinta horas de la madrugada cuando Milton Seymour detuvo su coche en la línea de moteles. Y en cuanto hubo abierto la portezuela, el policía corrió sin disimulos, sin detenerse a hablar con el administrador.

Buscaba el motel veintisiete. Y estaba dispuesto a morir allí, con tal de llegar a tiempo de impedir que Katy...

Se detuvo al escuchar aquel quejido. Su pistola «Magnum» señalaba la puerta del motel veintisiete.

Paso a paso, Milton se aproximó al edificio y miró a través de la ventana, velada por visillos.

El horror de la escena que contemplaba le dejó paralizado.

Sims Bellenose estaba prendiendo fuego a un gran montón de billetes... bajo la cabeza de Luke Galler. Al fin, Bellenose había encontrado al hombre que le traicionó en la penitenciaría.

También vio a Katy, yaciendo sobre un diván, con su carita desencajada, contemplando aquel horror.

Entonces fue cuando descubrió la claraboya del techo. Por allí había penetrado Bellenose, sin duda.

¿Por qué no utilizar el mismo acceso? Seymour no podía escuchar nada, pero veía que Sims, desencajado y enloquecido, reía y reía, dirigiendo la palabra a Katy, que le escuchaba sobrecogida de espanto.

Hizo un esfuerzo por sobreponerse a su propio horror, a aquel miedo animal que le impedía toda acción.

Se retiró de la ventana, tanteó la fachada... ¡Era fácil escalar los troncos que servían de forro al motel!

Ascendió. De un envite, alcanzó el tejado. Y en dos zancadas, olvidada toda prudencia y superado el miedo, Seymour estuvo al borde de la claraboya.

A duras penas logró reprimir el grito de espanto que brotaba

incontenible de su garganta: ¡Sims se había aproximado a Katy y alzaba su navaja con una clara intención: seguir matando!

Nada podía detener ya a Bellenose, convertido en una bestia, en un animal carnicero, sediento de sangre. Nada... excepto la muerte.

Por unos instantes, también Seymour se convirtió en una fiera. Olvidando su pistola, el policía se arrojó al vacío.

La navaja resbaló de los dedos de Sims cuando los ochenta kilos de Seymour aplastaron su cabeza. Juntos cayeron en confuso revoltijo, juntos lucharon por recuperar el arma, al pie de la fogata que el asesino había alimentado con ochocientos mil dólares en billetes.

Katy vio surgir una mano armada. El acero brillaba fulgente. Y la joven gritó despavorida, perdido ya el control de sus nervios.

El acero se hundió una, dos... diez veces en el pecho de Bellenose. Cuando Seymour se alzó junto a la fogata, sus ojos reflejaron el rojo de las llamas.

La puerta saltó en pedazos. Voces secas y ásperas resonaron en el interior del motel. Algunos hombres apagaron el fuego, otros descolgaron el cuerpo negruzco de Luke Galler. El mismo Seymour se sintió empujado fuera y alguien le arrebató la chaqueta, que empezaba a arder ya.

Junto a él vio el rostro brillante de Jess Logan, que empuñaba una metralleta y no parecía de humor, aunque un sospechoso brillo emocionado brillaba en sus ojos grises.

—Hermosa hoguera, Milton —dijo—. Una hoguera de ochocientos mil dólares.

Seymour no dijo nada. Katy estaba junto a él, apretándose estremecida.

Logan los vio alejarse hacia el «Newport» de Seymour y movió la cabeza, comprensivo.

—No sé si esto te costará la expulsión, Milton Seymour —murmuró filosóficamente—. Tal vez hayas perdido tu puesto en el FBI, pero... has ganado una bella esposa, muchacho.

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

NOTAS

[1] Academia donde se forman los agentes especiales del FBI. < <